11

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR



Ediciones UVE

11

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 23. 913-1981.
ISBN: 84-85609-83-2.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

Pág. 4
LA RATA
J. R. Rubio Aracil

Pág. 24
LOS MISTERIOS DE LA TIENDA
Miguel Costafreda

Pág. 42
LA VECINA DEL PATIO INTERIOR
Nino Velasco


Pág. 56
LA PLANTA VIVA
Vicente Robles
Sobre un guión radiofónico de Antonio José Alés

Pág. 70
DESQUITE DE ENANOS
Manuel F. Laviada

Pág. 94
EL VAMPIRO DEL ABUELO
Daniel Tubau
Sobre una idea de Roger M. Thomas

Pág. 108
EL CONTACTO
Pedro Montero

La rata

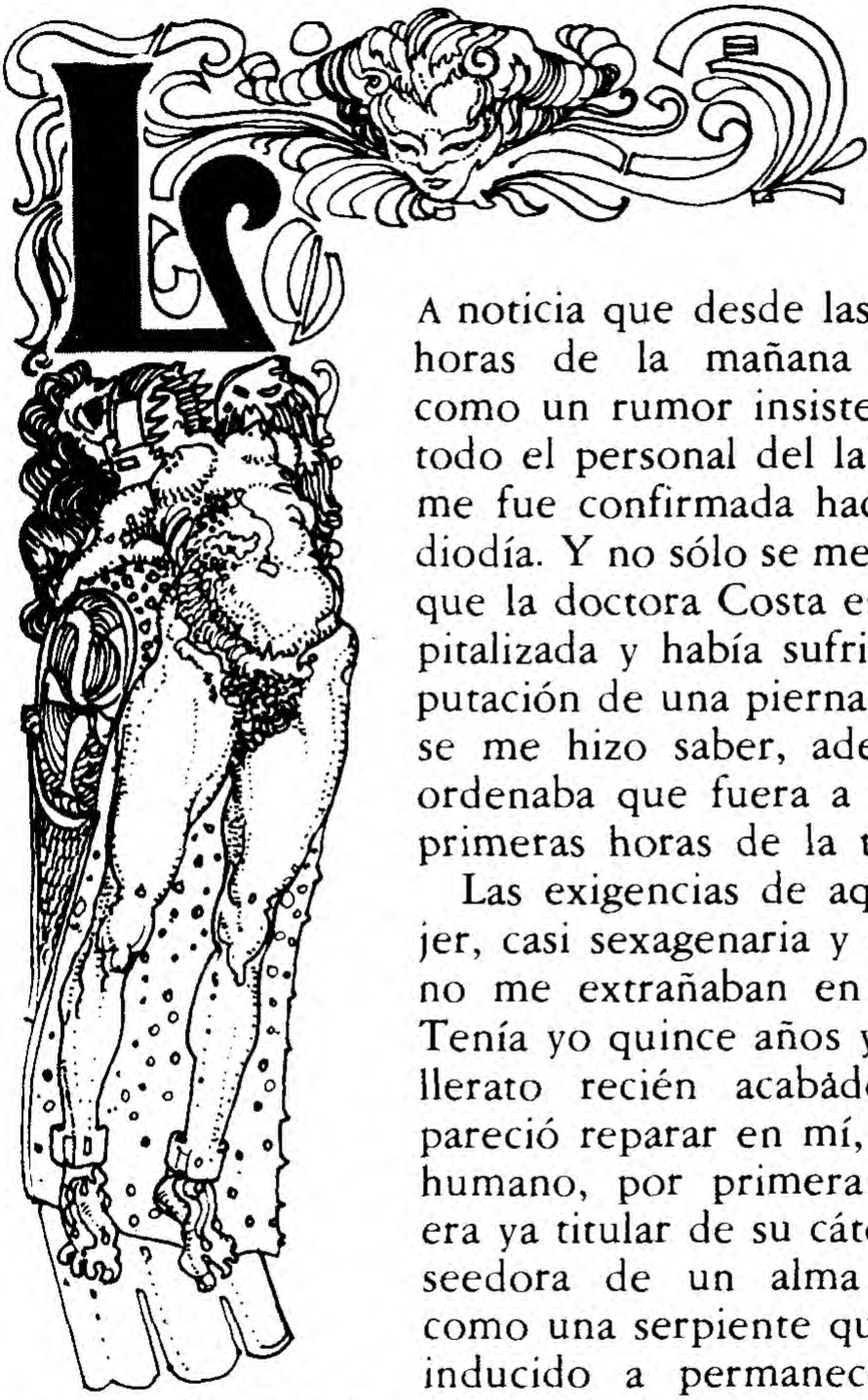




La rata

J. R. Rubio Aracil

De carácter despótico, autosuficiente y orgulloso, aquella doctora encontró un digno rival entre las cobayas de su laboratorio de experimentación: una rata macho, altiva y feroz... ¡Aceptó el desafío!



LA noticia que desde las primeras horas de la mañana circulaba como un rumor insistente entre todo el personal del laboratorio, me fue confirmada hacia el mediodía. Y no sólo se me confirmó que la doctora Costa estaba hospitalizada y había sufrido la amputación de una pierna, sino que se me hizo saber, además, que ordenaba que fuera a visitarla a primeras horas de la tarde.

Las exigencias de aquella mujer, casi sexagenaria y despótica, no me extrañaban en absoluto. Tenía yo quince años y el bachillerato recién acabado cuando pareció reparar en mí, como ser humano, por primera vez. Ella era ya titular de su cátedra y poseedora de un alma retorcida como una serpiente que la había inducido a permanecer soltera para poder contemplar mejor al mundo y sus estupideces desde la atalaya de su excepcional inteligencia.

La ascendencia que poseía sobre mi familia, era debida a causas que no voy a relatar y que se remontan a muchísimos años atrás, cuando mi padre, fallecido en un accidente, había decidido comenzar a trabajar con ella. Algunas veces, creí vislumbrar en aquella mujer un deje de ternura hacia su recuerdo.

«Serás biólogo y trabajarás conmigo», había sentenciado al aceptar mi protección espiritual, con el mismo acento con el que un juez emite su veredicto sin posible error. Y así se hizo. En aquello, como en casi todo, debía de cumplirse su absoluta voluntad.

Desde los más lejanos días de mi niñez, noto en su presencia cómo crecen en mi alma extrañas sensaciones de respeto y de silencio.

El tiempo fue haciendo de ella un ser cada vez más introvertido y más profundo, con sinuosas cavernas en su corazón que se adivinaban por los ecos extraños con los que respondía a los sentimientos humanos. Desde que comencé a trabajar a su lado, aprendí a respetarla, pero jamás a quererla. Sabía que era mucho lo que le debía, pero también sabía que cuanto había hecho por mí, no obedecía a ningún sentimiento normal ni humano. La causa se me escapaba como se me escapaban todas sus reacciones. Tal vez por eso, en nuestro trabajo existió siempre una muralla de cristal frío e infranqueable que separaba nuestros mundos. Ni ella ni yo hicimos jamás nada por agrietar nuestra diferencia. Ambos estábamos convencidos de saber cual era nuestro campo y nos sentíamos cómodos en él y sin necesidad de invadir el ajeno.

* * *

Había llegado al hospital, y mientras intentaba aparcar mi automóvil, coincidí con un interno, viejo amigo, que en aquel momento abandonaba el Centro. Tras saludarnos, le expliqué el motivo de mi presencia. Sus comentarios, llenaron mi cerebro de incomprensión y dudas más allá de lo imaginable.

La doctora Costa, había llegado por su propio pie al hospital sobre las dos de la madrugada. Mostraba una débil erosión sobre uno de sus tobillos en el que una zona tumefacta no mayor que el tamaño de una moneda pequeña, rodeaba una especie de profundo pinchazo por el que sangraba débilmente la herida.

No quiso indicar el motivo de la pequeña lesión, pero padecía unos dolores tan agudos que fue necesario suministrarle una respetable cantidad de mor-

fina. A pesar de que inmediatamente fue tratada con sueros y contravenenos de todo tipo, la tumefacción no descendió. Se procedió entonces a abrir la herida y drenarla. Todo inútil. Dos horas después la mancha negruzco-amoratada avanzaba casi a una velocidad de dos o tres centímetros a la hora dejando tras su paso una necrosis de tejidos difícil de explicar. Fue necesario inyectar más morfina y convocar una reunión de médicos a una avanzada hora de la madrugada. El análisis de tejidos contaminados, dio un resultado estremecedor: aquello era un tipo desconocido de cáncer capaz de multiplicarse a una velocidad inusitada. Se decidió volver a la doctora a su nivel de consciencia para preguntarle nuevamente por el origen de la herida. Ninguna respuesta se obtuvo. Se le hizo saber el peligro de dejar el origen sin tratamiento como una amenaza latente flotando sobre todos, se le imploró, se le rogó, se le exigió; se apeló a razones científicas y humanitarias, se le habló de compañerismo y de caridad. Todo fue inútil. Permaneció insensible, con sus ojos claros, casi traslúcidos clavados en el techo, conteniendo gestos de dolor insoportable y plegando sus labios finos y pálidos en un rictus de sufrimiento infinito. Por fin, el viejo Taboada se inclinó sobre ella y tomó, solícito, una de sus manos:

—Amelia —dijo en un susurro—. Amelia —repitió—, tenemos que cortar. No sabemos como detener esto.

Silencio. Ni un sólo músculo se alteró en la cara de la investigadora. Tres. Cuatro. Cinco segundos. Taboada insistió en tono más alto:

—¿Me has oído, Amelia? ¿Permites?...

Ella cerró los ojos. Su cara era tan sólo una pálida mascarilla de cera brillante y contraída. Al fin, su cabeza se movió afirmativamente un par de veces.

Taboada aspiró una bocanada de aire y volvió a asumir su papel de director del hospital:

—Pónganle morfina y prepárenla. Intervendremos en cuanto esté preparada.

* * *

Miré mi reloj. Eran casi las dos y media de la tarde de un día primaveral. El ascensor me dejó en el centro del pasillo central de la 4.ª planta. Busqué la habitación que en recepción me habían indicado y llamé suavemente con los nudillos. Pensé que ni siquiera llevaba un modesto ramo de flores, pero pronto me tranquilicé pensando que llevarle flores a aquella mujer, era, además de una estupidez, un tremendo error.

—Pasa —la voz era imperiosa y grave. La voz de siempre.

Una habitación en penumbra me recibió. En el centro de ella, desde una cama blanca, la figura de la mujer, casi se difuminaba entre la ausencia de color. Como siempre, permanecí sin saber qué decir ante ella. Ciertamente su aplastante y extraña personalidad, anulaba la mía.

—Siento mucho... —comencé a balbucear, pero me cortó tajante. Con prisa.

—Escucha bien cuanto voy a decirte —continuó—. Márchate a mi casa en cuanto salgas de aquí. Está abierta. Conoces la combinación de mi caja fuerte, ábrela y recoge cuanto en ella guardo. Exclusivamente lo que haya en la caja fuerte y sólo eso ¿entendido? Guarda todo en tu despacho hasta que te comunique a donde lo debes de enviar y aguarda mis noticias que te llegarán por correo dentro de unos días. Una vez a salvo el contenido de la caja... (aquí, creí percibir un cierto matiz humano en su tono. Tal vez dolor. Tal vez miedo), debes de quemarlo todo. (Y ante mi gesto asombrado, corroboró sus últimas palabras con un acento más decidido). Has oído perfectamente bien. Mi casa debe arder hasta los cimientos. Hasta que se consuma el último de mis muebles, el último de mis libros. Nada, absolutamente nada, debe salir indemne de la hoguera. No hagas ahora preguntas que se te contestarán por correo. Cumple cuanto te he dicho, y ¡por el amor de Dios, cúmplelo ya! Sólo el tiempo es nuestro aliado. Ahora márchate y vuela a cumplir mis órdenes.

Cuando tras un gesto de asentimiento, me disponía

a abandonar la habitación, volvió a llamarme. Y ésta vez sí era perceptible claramente un temblor de espanto en su voz. Hablaba muy quedamente, como para sí misma.

—Por favor, no estés en esa casa ni un minuto más de lo estrictamente imprescindible. El tiempo exacto de abrir la caja y rociarlo todo con gasolina. No toques nada más. Luego, ciérralo todo bien y que arda. Que arda hasta el fin. Que arda.

* * *

Esa misma tarde entré en su casa con un vago sentimiento de intranquilidad. Hice cuanto me había ordenado con la mayor rapidez posible, pero nada me indicó la existencia de anormalidad alguna. Sólo toqué lo que fue imprescindible para cumplir fielmente la misión que me fue confiada. Vacié por doquier el contenido de dos pequeños bidones de plástico con 20 litros de gasolina, cerré las puertas y a través de las rejas del ventanal del jardín, lancé una cerilla encendida.

Cuando partí de regreso en mi automóvil, observé por el espejo retrovisor, cómo a mis espaldas estallaban el ocaso y el infierno.

Una semana más tarde, Amelia Costa abandonaba el hospital hacia nadie sabía dónde, y tres días después, recibí la siguiente carta que transcribo textualmente:

Te escribo a máquina. Sin encabezamiento ni firma para que nadie pueda acusarme de locura. Dudo que nadie sea capaz de creer cuanto aquí escribo, y sin embargo no desmiente en una sola coma a la realidad. Todo cuanto digo, atenta contra la más elemental lógica, contra los fundamentos racionales de cualquier ciencia, contra todo aquello que ha sido el pilar fundamental de mi existencia. Y sin embargo, con horror, reconozco sin comprender, que es absolutamente cierto. Ahora empiezo a vislumbrar la profundidad del pensamiento de Teilhard de Chardin cuando escribía que sólo aquello que parece fantástico tiene posibilidades de ser real. Yo he conocido

esa misma realidad en la que tomó cuerpo lo imposible. He visto lo absurdo concretado en el horror, y he visto la negación de la verdad con tal nitidez que cualquier sensación a partir de ahora no tendrá ya ningún valor para mí.

Cuando comencé a trabajar en el laboratorio, hace ya 36 años, mi primera labor consistió en experimentar en ratones. Se colocaban los pequeños animales ante un laberinto en cuya salida se había depositado comida. Tras numerosos intentos y errores, el animal encontraba pacientemente el camino que su olfato le indicaba. Anotábamos el tiempo invertido y repetíamos diariamente la experiencia. Empleaba para ello, una docena de pequeños roedores con los que trabajaba constantemente hasta que todos aprendían sin dudar el camino a seguir.

De alguna manera, la memoria fijaba en sus pequeños cerebros unos enlaces neuronales que día a día se iban reforzando. Cuando al cabo de un largo período, ya no dudaban en absoluto y su conducta se había «fijado» perfectamente, eran sacrificados. Sus cerebros extraídos, se daban como alimento a otro grupo que servía de valoración. Estos, comparados con el tiempo resultante del grupo testigo, manifestaban una tremenda economía de ensayos en aprender el itinerario del laberinto. Intentábamos así, descubrir la manera en que podíamos influir la conducta de los animales a través de una alimentación adecuada.

Decidí cambiar el tipo de los animales buscando cerebros mayores y complejos, y como primera etapa, prescindí de los pequeños mamíferos y conseguí unas docenas de ratas de alcantarilla, horribles y repugnantes. Entre ellas, había un viejo macho de poderosos incisivos amarillos que no se resignaba a su estado de cautividad. Peleaba constantemente con los barrotes de la jaula, y movía su rabo pelado, lleno de cicatrices, como un látigo amenazante. Me miraba con odio incontenido desde el fondo de sus ojillos inyectados en sangre y permanecía durante horas enteras, quieto como una sombra que siguiera mis pasos

desde sus párpados entornados. A cada aproximación a la jaula, respondía mostrándome sus dientes y erizando sus pelos hirsutos y ralos.

Un sentimiento de antipatía y odio creció espontáneo entre nosotros. Cuando sacrifiqué a sus compañeras y le di a comer sus cerebros todavía sangrantes, él, que parecía aparentemente adormilado en el fondo de su jaula, saltó sobre mí atravesándome el pulgar con sus dientes. Aquello fue un mordisco de odio, no de defensa. Durante unos segundos, permaneció colgado de mi mano, desgarrando con furia y rabia mis tejidos, retorciéndose sobre mi carne y empujando con sus manecillas repugnantes para conseguir mayor presión. Al tiempo, llenaba todo el laboratorio con sus chillidos estridentes de rabia y de victoria. Todas las ratas comenzaron a gritar en sus jaulas en una algarabía infernal como una tropa enloquecida respondiendo a la arenga de su caudillo.

Al fin, pude desprenderme de él, y observar la herida de la que todavía conservo una gran cicatriz.

Sangraba abundantemente cuando llegué al botiquín. Se me suministró suero y se me trató la herida convenientemente. Al regresar al laboratorio, se había acabado de engullir los cerebros de sus hermanas y puesto en pie, me amenazaba con sus dientes manchados de sangre y de sesos.

Se que un científico debe estar por encima de cualquier reacción primaria que le impulse a tomar venganza de la conducta de un simple animal de laboratorio, pero sin embargo, en aquella rata, había «algo» casi humano; había premeditación, había maldad; verdadera maldad. No me avergüenzo de lo que hice al volver. Me dolía la mano y me irritaba la crueldad del roedor. Conecté las pinzas a la jaula y moví el interruptor; durante un largo minuto, disfruté viendo cómo intentaba escapar a las descargas eléctricas golpeándose, saltando, chocando contra los barrotes metálicos hasta sangrar por el hocico. Después, gocé viéndola abatida, hundida y jadeante, tragándose su odio y su sangre, marcando su costillar

bajo sus flancos a cada respiración. Nos miramos fijamente con un odio incontenible, acerqué mi cabeza a la jaula y escupí. Ni siquiera parpadeó, tan sólo sus pupilas se achicaron hasta convertirse en dos puntos incandescentes clavados en mis ojos.

Tres días después —tras un prolongado ayuno— el animal, que por primera vez se colocaba ante el laberinto, encontró el camino hacia el alimento sin un sólo titubeo. Desde entonces, su coeficiente de respuesta a los estímulos se reveló sin un sólo fallo. Aquel animal era uno de los especímenes más excepcionalmente dotado que jamás conocí, pero el odio que nos «unía» siguió creciendo entre nosotros dos.

Durante los meses que siguieron, la utilicé en todas cuantas experiencias resultaban extraordinariamente dolorosas:

La mantuve a base de dietas carenciales que retorcieron sus extremidades y la hicieron perder parte de su pelo. Posteriormente, para unas pruebas de investigación ligadas con la testosterona, decidí castrarla. Y lo hice sin anestesia, lentamente, complaciéndome en sus esfuerzos inútiles para liberarse de las correas, oyendo sus chillidos de dolor con verdadero placer.

Unas pruebas sobre ciertos productos oftalmológicos, me dieron la causa para introducir en sus odiados ojos un tipo de cepa de virus filtrado productor del tracoma. Cuando comencé a inyectarle antibióticos, me impresionó nuevamente la capacidad de respuesta y reacción de su organismo. Desaparecieron las ampollas y las costras de sus párpados, pero las partículas de consistencia arenosa en que se habían atomizado sus córneas, le vaciaron una pupila y quedó ciega de su ojo derecho.

Posteriormente, la empleé en un estudio de procesos toxémicos, la mantuve inmersa en una atmósfera de alto contenido en sulfuros que quemó sus pulmones, extraje su tiroides para comprobar la influencia en organismos adultos de la insuficiencia de yodo, provoqué choques insulínicos; hice de ella, primero una alcohólica y después un banco de pruebas para

investigaciones osteológicas. Quebré los huesos de sus extremidades separando ambas mitades introduciendo entre ellas segmentos discales de sus vértebras e injertando cartílagos que previamente había extraído pretendiendo, vanamente, conseguir un alargamiento mecánico de sus extremidades necesario para combatir ciertos tipos de enanismo.

La mantuve en vigilia permanente durante días y noches interminables hasta que su sistema nervioso, sobrecargado, estuvo a punto de precipitarla en la locura. Intenté averiguar cuáles eran los efectos que sobre su cerebro producían sonidos de umbrales imperceptibles para la especie humana...

Creo, que en mi interior, la diabolicé de tal manera, que hice descargar en ella toda mi frustración como mujer y como científico. Jamás creí poder odiar de la forma en que odié a aquel repugnante animal.

Un día, con verdadero placer, inoculé secreciones tumorales malignas en una de sus axilas. Pretendía averiguar sobre aquel cuerpo asqueroso el resultado de un tratamiento con una nueva enzima artificial. El procedimiento concluyó como un fracaso total, la enzima se revelaba totalmente ineficaz, mientras el tremendo bubón iba creciendo en el interior de la rata. El zaratán minaba su organismo, pero no su odio hacia mí.

Ya completamente moribunda, cuando el cáncer había alejado de ella toda fuerza muscular, esperaba mi paso frente a la jaula para rociarme con su orina nauseabunda e infectada. Cuando lograba alcanzarme, y veía cómo asqueada arrojaba la bata en un rincón, reunía las escasas fuerzas que le restaban lanzando un chillido al aire, elevando su cabeza pelada y su ojo vacío para mirar a una luna inexistente, eterna sacerdotisa de la muerte y de la sangre.

Por aquellos días —aún no sé bien por qué— decidí que aún no debía de morir. El odio puede unir con mayor fuerza que el amor y mi vida se había llenado por completo del odio y del asco que sentía por aquel ser, comprendiendo que a su muerte, carece-

rían de sentido mis noches de recuerdos y mis días de venganza. Incluso llegué a pensar en mi propia enfermedad, en que fuese mi alma la que estaba necesitada de tratamiento, pero era tal el placer que sentía con mi conducta, que rechacé firmemente tan descabellada idea.

Lo decidí una mañana gris y brumosa. Por la ventana del laboratorio, se adivinaba un cielo plúmbeo como una barriga de burro, infinito. Diminutas gotitas de lluvia asaeteaban los cristales; mientras, ella miraba con su ojo moribundo mis movimientos ausentes. Me coloqué ante su jaula, a la distancia suficiente para que su orina no me alcanzara y sentencié:

—No vas a morir... aún. Te hibernaré.

Horas después, había sustituido hasta la última gota de su sangre —pálida y escasa— y había sentido entre mis manos su cuerpo frío y extenuado. Pero ni un átomo de piedad cruzó por mi alma.

Calculada, matemáticamente la introduje en el pequeño cilindro lleno de helio y ordené a mi ayudante:

—Etiquetadla y bajadla a la cámara.

Han pasado unos 30 años desde aquel día, pero la rata seguía clavada en mi recuerdo y se me aparecía vívidamente cada vez que cruzaba ante el rincón en que había permanecido su jaula, cada vez que veía la uña deformada de mi pulgar, cada vez que en una práctica experimentaba con un macaco o con un cobaya.

Ahora sé que ella, colgada en el perfil insondable que separa la cara y la cruz de la vida, dormida sobre el plano irreal de la no existencia, desde ese lugar en donde la muerte y la vida carecen de significación precisa, donde luz y sombra son rayos de una misma intemporalidad y donde eternidad y tiempo son la misma cosa, me seguía odiando de alguna forma, desde algún sitio, con un mecanismo extraño e incomprensible...

Hace un año, el doctor Taboada me hizo partícipe de un descubrimiento en el que venía trabajando hacía tiempo. Todo sus intentos para inocular células

cancerosas a cualquier tipo de oruga, habían fracasado. Estos pequeños seres, poseían un «algo» inmunológico nato, sus pequeños cerebros sabían cómo aislar y combatir la enfermedad y ponían en marcha un mecanismo de aislación que nos resultaba desconocido.

Esa noche, en mi biblioteca, fui fraguando un ambicioso proyecto. Recordé la rata agonizante con su proceso irreversible congelado. Recordé mis experiencias primeras con roedores en los laberintos, y recordé la facilidad del animal, casi proverbial, para modificar sus enlaces neuronales adaptándolos a los que el hábito había esculpido en los cerebros de los animales que ingería.

Se me ocurrió de pronto.

¿Qué iba a pasar si aquel extraño animal era alimentado con cabezas de oruga exclusivamente? ¿Aprendería su cerebro el mecanismo congénito de los pequeños seres y podría ordenar a su sistema endocrino el rechazo y la destrucción de las células cancerosas?...

La mañana siguiente, apareció gris y plomiza. Los árboles del jardín del laboratorio, movían sus ramas gimiendo con la suavidad de una rapaz nocturna, cimbreaban sus troncos como niños que jugaran a ser olas y producían el triste efecto de un lamento inacabable. «Todo está como aquel día —pensé—, la rata creerá simplemente que se ha dormido», y con verdadera impaciencia esperé que todo estuviera preparado para oficiar, como una nueva Kali, el milagro de la venida desde el valle de las sombras.

Inútil describirte un proceso que conoces perfectamente, baste decir que cuando todo hubo terminado y el animal levantó sus párpados, y, primero desvaídamente, y luego, achicándose y adquiriendo mayor nitidez, apareció mi rostro reflejado en su pupila, una extraña sensación de victoria se apoderó de mí.

Fue adquiriendo lentamente conciencia. Boqueó.

Retorció la punta de su rabo y agitó sus manos como intentando asirse a algo inexistente.

El repugnante bulto que sobresalía de la piel de su axila, fue adquiriendo la tersura y el color que le habían caracterizado hacía años. Sentencia y condenado renacían a la vez.

Durante una fracción de segundo, quedó rígida, expectante y tersa, clavando su mirada en mí. Había acabado de reconocerme aunque 30 años de vida separaban en ella dos imágenes consecutivas. Luego, dio un grito; intentó saltar, y quedó jadeante sobre la mesa, mostrándome un ojo vacío que le devolvía la imagen de la nada.

—Las constantes normales, doctora —murmuró mi ayudante.

—Llévala a su jaula y que descanse —ordené. Y continué durante toda la mañana organizando mi plan de trabajo.

En los frigoríficos del laboratorio, se apretaban desde bien temprano, los frascos repletos de cabezas de orugas. Se habían aprovechado las donadas por Taboada que daba por perdido su trabajo en este campo, y se había previsto para días consecutivos, la llegada de nuevo material desde las granjas que nos proporcionaban aquella amalgama verdosa en la que los despojos de los cordados, tras su aspecto informe y repugnante, podrían revelarnos a través de la rata, uno de los grandes secretos del Universo.

Y comencé el tratamiento. En escasa cantidad al principio, y con mayor apetito después, el animal fue deglutiendo dos veces por día su comida. A partir del 4.º día, comprobé, en la punción diaria y análisis posterior, que el número de células deformes, cuantitativamente, desaceleraba su velocidad de crecimiento; las biopsias de los días 8.º, 9.º y 10.º, indicaban que el proceso permanecía estable sin apreciar empeoramiento alguno, si bien tampoco podía señalarse una mejoría aparente. Sin embargo, fue durante estos días, cuando observé una modificación absoluta en la conducta del animal. Me pareció que se volvía menos

irritable, que ante mi presencia, su actitud era menos amenazante y acabé por resultarle casi indiferente. Se pudo constatar una disminución en su temperatura corporal, un decrecimiento del número de latidos de su corazón y una extraña hipotensión no justificada. El número de horas que dedicaba al sueño al final del 10.º día de tratamiento, era en un 68 % superior al dedicado el día 1.º Otro fenómeno me resultó inquietante e incomprensible; el aspecto externo de su tumoración, perdía su apariencia tersa y se diluía como una bolsa amorfa y de aspecto blanco que parecía aparecer y desaparecer en distintas zonas de la anatomía del animal según que éste adquiriera una u otra postura.

Se diría que sus entrañas se iban licuando mientras que su piel ofrecía el aspecto característico de un pellejo de vino lleno de líquido palpitante. A veces, tras algún movimiento, cuando el animal, hecho un ovillo, volvía a recostarse sobre el serrín, todo su cuerpo continuaba oscilando en oleadas de inercia durante unos segundos. Producía un efecto gelatinoso, desagradable, viscoso, ondulante, repulsivo...

A partir de la 2.ª semana de tratamiento el animal permanecía sumido en un profundo sueño del que ni la punción —que yo procuraba dolorosa— conseguía despertarle. Sólo adquiría un estado relativo de conciencia durante las horas señaladas para sus comidas; entonces, devoraba con un apetito monstruoso su ración de cabezas, de tal forma, que hubo que duplicarla, triplicarla y en los últimos días, cuadruplicarla.

Consecuencia de su hambre desmesurada y de su prolongado descanso, su cuerpo había engordado de tal manera que sus patas le resultaban casi inútiles; el abultamiento del tumor, había desaparecido entre los pliegues de la piel, y los ojos casi estaban ocultos, perdidos bajo la grasa supraorbital. Sin embargo, clínicamente, su estado seguía estacionario, aunque su pulso, temperatura y tensión arterial alcanzaban cotas insospechadas.

El 19.º día de tratamiento, su corazón latía 8 veces

por minuto y su temperatura había descendido a la ambiental; permaneció dormida durante todo el día y ni siquiera se despertó para ingerir alimentos. Cuando llegó la hora de abandonar el laboratorio, su pulso había descendido todavía más, y, deseando seguir observándola periódicamente, cubrí la jaula con su funda de hule y la cargué en el asiento de mi coche. Ya en mi domicilio, encendí la chimenea, cené ligeramente, la coloqué sobre una mesa y ante una lámpara que me permitía observarla, y decidí entretenerme con sorbos de café y la lectura de un libro.

A las 12 de la noche, la reconocí nuevamente. Su corazón se había detenido definitivamente, su respiración había cesado; espejo y fonendoscopio confirmaron mi impresión. Sin embargo, ALGO SEGUIA PALPITANDO DENTRO DE ELLA como si todo su cuerpo fuera un inmenso vientre preñado de extrañas criaturas vivas.

Incapaz de comprender aquello, decidí esperar, pero el sueño me fue venciendo poco a poco mansa, dulce e irremisiblemente.

Nunca sabré qué tiempo transcurrió cuando aquella sensación desagradable me hizo despertar. Desde la duermevela de mi sillón, intenté descubrir la causa de mi inquietud.

Era aquel olor que lo envolvía todo. Un olor nauseabundo y repugnante, mezcla de carne en descomposición y moho húmedo y podrido capaz de revolver el estómago de un buitre hasta lo más profundo. ¿De dónde provenía?

Instintivamente, miré a la jaula. El animal permanecía inmóvil y nada en él se había alterado. ¡NO! ALGO ESTABA SUCEDIENDO.

Venciendo mi repugnancia, me acerqué a él tapando la nariz con un pañuelo. En la espalda de la rata, se había producido una incisión longitudinal de unos 4 cm. de extensión; por ella, brotaban a borbotones cuajarones enrojecidos y negruzcos que resbalaban por sus pelos hasta el fondo de la jaula. Burbujas verdosas aparecían sobre su lomo reventando pe-

sadas y densas, soltando su carga pestilente y deshaciéndose en babas que goteaban un asco infinito. La incisión, lentamente, iba prolongándose en ambos sentidos; los fluidos, vencida la presión inicial, borboteaban ahora lentos y viscosos. Fue entonces, cuando del centro de aquella herida repulsiva, ALGO COMENZO A SURGIR LENTAMENTE.

Era algo indescriptible, rojo y poroso como el híbrido imposible de un hígado y una esponja flácida. Alteraba su forma contrayéndose y dilatándose, extendiéndose, prolongándose, lanzando apéndices, encogiéndose. Aquello estaba VIVO. Había abandonado el cuerpo de la rata que permanecía vacío y arrumbado como una funda inútil y tenía vida propia. ¡Dios mío! Acababa de presenciar la primera metamorfosis de un ser superior. El mensaje que habían grabado en su cerebro miles de orugas portadoras del secreto de la mutación gênética que ahora llegaba desde la oscura noche del Cámbrico. Pero... ¿Qué era AQUELLO? ¿Qué nuevo ser se había formado?

Seguí observándolo. Ni ojos, ni oídos, ni una sola estructura que revelara en él a un animal superior. Sólo aquello que se retorcía como una gigantesca babosa del tamaño de una mano grande, que adelantaba sus tentáculos lentamente como si intentara palparlo todo, como si estuviera aprendiendo a andar.

Había conseguido arrastrarse hasta llegar a los barrotes de la jáula, y empezaba a descolgar sus apéndices entre los alambres, estirándolos hasta más allá de las leyes de la lógica. Colgaban ahora exangües como jirones de carne descompuesta.

Cada vez, era menor el volumen de AQUELLO que permanecía dentro de la jaula, hasta que de pronto, sus apéndices colgantes se agarraron y retorcieron. Formaban ahora, un todo único y compacto al fundirse tras el contacto inicial a este ladô de la jaula, mientras el resto, se fragmentaba en un laberinto sanguinolento que se preparaba para cruzar. Era imposible creerlo, pero estaba sucediendo: «Aquello había peinado los barrotes y había aparecido al otro

lado de la jaula conservando su integridad». Avanzó sobre su baba amarillenta deslizándose sobre el mármol de la mesita y finalmente cayó al suelo. Yo escuché con repulsión el sonido que produjo su caída, similar al de una bolsa de agua que se estrellara sobre el duro pavimento. Atenta a sus movimientos me acerqué a contemplar «aquello».

Entonces, el ser, saltó ágilmente sobre mi tobillo, se retorció sobre él y sentí un dolor agudísimo penetrando hasta la misma médula de la tibia.

Gritando, moviendo histéricamente las piernas, conteniendo por un asco infinito mi impulso de aferrarla con mis manos y arrancarla de allí, la mantuve, caliente y húmeda mientras abrasaba mi piel dolorida, hasta que quiso saltar al suelo y perderse bajo los muebles con una agilidad y rapidez que jamás le hubiera imaginado.

Jadeando, me recosté sobre la mecedora. Lloraba y era presa de un ataque de nervios incontenible. Había colocado mis pies sobre el asiento en un vano intento de aislarme del suelo... Poco a poco, me fui serenando. Mi parte de científico, impuesta a mi parte de mujer, me impulsó a observar la herida.

Mientras la tuve «pegada», emplee la suela de mi pie libre en golpearla con saña; en consecuencia, parte de restos sanguinolentos de «aquello» continuaban adheridos a mi piel; los coloqué cuidadosamente sobre un portaobjetos del microscopio cogiéndolos con asco y horror y valiéndome de unas largas pinzas de laboratorio, luego, mientras las teñía y preparaba para su análisis, desinfecté la pequeña herida del tobillo (no mayor que un pinchazo) y sujeté sobre ella un apósito antiinflamatorio. Seguía doliéndome intensamente.

Tras comprobar que en mi pequeño despacho NO HABIA NADA, cerré la puerta y acerqué mis ojos a los oculares. Un grito se escapó de mi garganta al comprenderlo todo con una nitidez meridiana. Aquello era imposible, y sin embargo, estaba ante mí.

Ni una sóla célula respondía a patrones normales.

Condriosomas deformes, condriocontes de extraños contenidos imposibles de analizar, condriomitos en número imposible, aparatos de Gorgi retorcidos y absurdos, casi atrofiados, binuclearidad, polinuclearidad...

¡Dios de los Cielos, aquello era un CANCER!

La rata al fin se había vengado y había vencido. Le habíamos dado los medios y ella los había sabido emplear para obtener su victoria final y definitiva. Aquel repulsivo animal, en lugar de aislar y destruir sus células enfermas, había adoptado una solución que ni la más aguda de las mentes humanas habría logrado intuir: había destruido la parte sana de su organismo y había logrado mediante una metástasis apoyada en la metamorfosis que yo había inducido, convertirse en la más horrorosa de las pesadillas.

Había creado un CANCER VIVO, capaz de arrastrar su propia repulsión a voluntad. Capaz de apestar y destruir cuanto ser vivo rozara; y lo que era peor: capaz de multiplicarse a voluntad dividiéndose en dos, en cuatro, en ocho, en dieciséis... en miles y millones en el transcurso de unos días, tal vez de unas horas solamente.

Mi estupidez, había soltado las riendas del caballo amarillo del Apocalipsis: la Peste. De sus consecuencias, nadie podría escapar.

Sólo una posibilidad entre un millón nos otorgaba una mínima esperanza: el fuego. El fuego purificador capaz de destruirlo todo, de reducirlo todo a cenizas.

Sin embargo yo me siento pesimista. Para ello, sería preciso que el nuevo ser nacido de la rata y su posible descendencia (ella misma dividida y por tanto su misma astucia, su mismo odio), permanecieran todavía en la casa cuando tú la hiciste arder.

El animal que te he descrito, jamás cometería tal estupidez.

Tal vez la suerte esté echada y en este momento millones de seres nos estén acechando desde cada rincón de la noche, desde cada extremo de la aguja del reloj.

Si es así, que Dios me perdone.

Los misterios de la tienda





Los misterios de la tienda

Miguel Costafreda

Nunca había visto un modelo de tienda tan extraño como el de sus vecinos de camping. Tampoco —aunque al oírlos le embargaba un extraño desasosiego— alcanzaba a comprender el significado de aquellas salmodias que se dejaban oír todas las noches.



VERANEAR en un apartamento a la orilla del mar puede resultar ruinoso en estos tiempos para una familia de clase media. La montaña se ha convertido en patrimonio de los más acaudalados que huyen de la oleada de ciudadanos de a pie que invaden la costa, y compartir una casa de labranza con unos aldeanos, sólo porque está de moda la vuelta al ambiente rural, puede acabar con nuestra paciencia a los pocos días hartos de encontrar gallinas en el dormitorio o cabras provistas de retorcidos cuernos que nos miran con caras de pocos amigos cuando salimos a dar el consabido paseo vespertino.

Por ese motivo, mucha gente piensa que la solución ideal es la práctica del camping, ya sea en la modalidad rodante, que permite, mediante la adquisición a plazos de una caravana, trasladar nuestra casa a voluntad; o bien utilizando una simple tienda de campaña y asentándonos durante todo el mes en un terreno convenientemente acotado para la práctica de la vida al aire libre.

La primera modalidad, que consiste en vivir en un remolque y viajar de acá para allá acampando donde nos sorprenda la noche, ha resultado a veces fuente

de considerables molestias para sus usuarios, si es posible calificar así al hecho de que toda una familia haya sido encontrada asesinada en pijama víctima de un maníaco sexual; o que el matrimonio y sus retoños de corta edad hayan adquirido en una sola noche un envidiable color tostado gracias a la ocurrencia de una banda de jóvenes golfos que prendió fuego al remolque, considerando sin duda que se trataba de una simple gracia.

El segundo caso, que se basa en establecerse en un terreno *ad hoc* mediante el uso de una simple, o a veces más compleja tienda de campaña, no tiene más inconveniente que compartir el lecho con una legión de arañas, algún que otro escorpión y dos o tres saltamontes de tamaño más que respetable.

Por otra parte, los vecinos casi siempre suelen ser gente cordial, por lo que no es infrecuente hacer amistades que más tarde siguen cultivándose en la ciudad durante el invierno. Y pocas cosas hay tan agradables como una reunión nocturna a la luz de las estrellas que se prolonga hasta que, rendido por el sueño, cada cual se retira a su tienda a descansar.

En ocasiones uno se desvela en plena noche y sale al exterior procurando no despertar a los demás a fin de contemplar las estrellas.

Qué tranquilidad para el espíritu escuchar los rumores del campo sin otra compañía que la del astro nocturno.

Nos alejamos hasta los límites del campamento para sentirnos más aislados. Pasamos junto a una tienda de campaña que siempre permanece cerrada, y acaso nos internamos unos metros en un pequeño bosque que esta mañana parecía absolutamente inofensivo.

De pronto descubrimos que no estamos solos, que alguien vigila nuestros movimientos. Alguien cuya proximidad hace que se silencie el canto de los insectos nocturnos y deje inmóviles a las ya de por sí estatuarias lechuzas. Algo cuya cercanía presentimos como una amenaza fantasmal y que, sin embargo, somos incapaces de localizar. Algo que está en su te-

rreno y que nos considera intrusos por el hecho de haber interrumpido quién sabe qué espeluznante actividad o ceremonia.

No tanto para sembrar el desconcierto, como en evitación de mayores males, es hora ya de que alguien declare, a riesgo de no ser tomado en consideración, que, lejos de resultar beneficiosa, la contemplación del cielo nocturno puede acarrear graves consecuencias. Que las estrellas, que todo lo ven desde su profundísima altura, son cómplices de las fuerzas del mal, a las que advierten de cualquier movimiento o presencia imprevista. Que la permanencia prolongada bajo un cielo estrellado sólo es beneficiosa para las almas de metal o duras como el hielo. Y que resulta un lamentable olvido, como no sea una negligencia criminal, que alguien no haya inventado ya las gafas de luna, para que así como nos protegemos mediante filtros adecuados de la excesiva claridad solar, podamos preservar nuestras pupilas, y consecuentemente también nuestras almas, de la pérfida y desfalleciente claridad lunar.

Es evidente que no será tarea fácil, y que con certeza casi absoluta el inventor sucumbirá en el meritorio empeño, pero si lo consigue, la humanidad podrá librarse sin otro temor, provista, eso sí, de las gafas lunares, a la contemplación del no tan inofensivo satélite nocturno.

Pero, así como a veces es preciso usar gafas de lejos y de cerca, ya se trate de mirar un paisaje o de la atenta lectura de una carta, del mismo modo, el atrevido paseante nocturno hará bien en proveerse de dos pares de lentes: unas que le permitan el examen inocuo del paisaje lunar, y otras con las que pueda recorrer sin temor los infinitos renglones de la carta astral en la que aparece cifrado el destino de cada uno de nuestros compañeros de navegación.

Es patente que, los que se dedican a un trabajo nocturno, o aquellos que permanecen por obligación bajo el cielo estrellado, son propensos a sufrir cierta clase de males: una melancolía que comienza presen-

tando los mismos síntomas que el flechazo amoroso, pero que pronto deriva hacia extremos más particulares, y termina sumiendo al individuo en una continua lasitud malsana, o a veces, en una locura tan furiosa como la que se apoderaba de las pitonisas al aspirar mefíticos vapores emanados del subsuelo de pretendidos santuarios.

Esto lo saben bien los serenos y los guardias nocturnos, que procuran, cuando el cielo está raso y las estrellas se clavan en los ojos, no permanecer en descubierta más que lo indispensable para abrir un portal o efectuar una ligera ronda de inspección.

¿No sabéis que, hacia el final de su guardia nocturna, el marino comienza a ser presa de una melancolía depresiva que, de no mediar el siguiente relevo, le forzaría suavísimamente a arrojarse al agua por la borda?

¿Por qué creéis que, al amanecer, el soldado al que ha correspondido la última vigilancia cree oír el batir de olas que se estrellan furiosas contra el muro sobre el que se asienta la garita y se siente tentado de zambullirse inerte en las procelosas aguas que se retirarían al instante?

¿Ignoráis que el pastor, si se ve obligado a velar a la espera del parto de una oveja, se sienta paciente, cruza los brazos sobre las rodillas y permanece con los ojos en tierra voluntariamente ajeno a ese escarchado y falsamente inmóvil océano que se cierne sobre él?

El pastor, tanto como el soldado y el marino, conocen perfectamente el peligro a que se ven sometidos, pero la tradición, la hombría o la conformidad sellan sus labios, y continúan esforzándose en permanecer ajenos a esos infinitos cantos de sirena sin el auxilio de cera que ciegue sus oídos o ensordezca sus ojos.

Pero es el caso que, las estrellas y la luna, aun estando al servicio de oscuras potencias, tienen que limitarse la mayoría de las veces a ser meros testigos, sin que les sea permitido participar en ceremonias o en acciones a las que gustosas prestarían su concurso.

Todo lo más, su tarea consiste en sugerir, propiciar, aconsejar: tentar, en resumidas cuentas. Crear un ambiente en el que el delirio y la locura sean posibles. Prestar su colaboración y su complicidad a acciones monstruosas o nefandas, a aquellos hechos cuya realización ha de acometerse en las horas nocturnas.

* * *

Al levantarse de la siesta, Eugenio advirtió que tenía nuevos vecinos.

Aquella parte era la más abrupta de toda la superficie del camping y por eso había instalado allí la tienda, convenientemente alejada de las demás, considerando que al haber mejores emplazamientos a nadie se le ocurriría situarse cerca de ellos. Por esa razón, cuando se dio cuenta de que una gran furgoneta se había estacionado a pocos metros de su tienda, no pudo evitar un cierto odio hacia los intrusos.

Como no había nadie a la vista, se aproximó distraídamente al coche, cuya matrícula no pudo identificar, y husmeó en su interior a través de las ventanillas sin que sus ojos repararan en nada significativo, como no fuera que los asientos estaban forrados con lo que parecía auténtica piel de león y de leopardo.

Dio unas cuantas vueltas alrededor del vehículo intentando encontrar alguna pista que le permitiera deducir la nacionalidad de los recién llegados, y por fin reparó en que, junto a la matrícula del remolque, en el que seguramente guardaban la tienda durante los desplazamientos, aparecía dibujada la silueta del continente africano.

Una hora más tarde aparecieron los dueños del coche y se dispusieron a montar la tienda.

Fingiendo realizar tareas de limpieza, los estuvo observando detenidamente: se trataba de un hombre y una mujer de color, seguramente matrimonio, y un niño de pocos meses, al que dejaron dormido en el interior del vehículo.

Con pasmosa habilidad fueron clavando estacas y desplegando metros de tela, hasta que, en poco tiempo, quedó configurada una silueta de aspecto completamente inusual, por lo menos en los campings que Eugenio calificó mentalmente de civilizados.

Aquello tenía una doble apariencia: por una parte se asemejaba a esas tiendas achaparradas y extendidas que los beduinos utilizan para cruzar el desierto, pero contemplada desde otro punto de vista, tenía algo de la fastuosidad y opulencia propia de la tienda de un gran visir que se desplaza desplegando un fausto oriental.

Eugenio tenía la certeza de que el interior estaba ricamente adornado con alfombras persas y provisto de innumerables cojines donde recostarse, en lugar de tener que recurrir, como la mayoría de los acampados, a las incómodas y humillantes sillas plegables.

Cuando los nuevos vecinos dieron fin a su tarea, la mujer tomó al niño y se introdujo en el interior de la morada acompañada de su marido, el cual volvió a salir al rato y colgó junto a la entrada un farol y otro objeto que la distancia no permitía identificar.

Más tarde, cuando Eugenio y su novia se encontraban dentro de sus sacos de dormir intentando conciliar el sueño, una monótona melopea se dejó oír en el silencio de la noche. Una especie de cántico gutural procedente de la extravagante tienda vecina.

Marina buscó en la oscuridad los ojos de Eugenio formulando una muda interrogación: no era posible saber si aquella extraña melodía era una nana destinada a propiciar el sueño del pequeño, una oración a alguna deidad primitiva, o una simple canción nostálgica entonada en algún desconocido dialecto a punto de perderse.

Eugenio se incorporó en el lecho y, sin decir palabra, descorrió la cremallera y salió sigilosamente al exterior deseando escuchar más de cerca aquella salmodia.

Las estrellas suspendieron sus guiños al instante y

desearon con toda la fuerza de que eran capaces que el hombre se aproximara más a la gran tienda. La luna aceleró su cuarto creciente a fin de derramar más palidez sobre la escena, pero Eugenio, después de contemplar unos instantes aquella itinerante mansión, volvió a entrar en la suya clausurando la entrada mediante la cremallera.

A la mañana siguiente se olvidó de comentar con Marina lo referente al cántico nocturno hasta que, llegado el mediodía, le extrañó que los nuevos vecinos no hicieran acto de presencia y permanecieran en el interior de la tienda.

—Anoche no estaban solos —dijo.

—¿Los viste? —preguntó Marina.

—Dentro había luz, y sobre la tela se reflejaba la silueta de otras personas.

—¿Y aquel canto?

—Cuando me acerqué a la tienda —explicó él— me pareció que la reunión era muy pacífica. A juzgar por sus sombras, estaban sentados en el suelo, pero sea lo que fuere lo que estaban haciendo, se interrumpieron al verme.

—¿Te vieron?

—Quiero decir... Bueno, algo debieron de intuir, porque sus sombras permanecieron inmóviles durante todo el tiempo que yo estuve observando.

Los africanos no se dejaron ver en todo el día, aunque con toda seguridad no habían abandonado la tienda. Eugenio se aproximó en cierto momento y pudo comprobar que el objeto colgado junto al farol de la entrada era una especie de escudo de madera en cuya superficie había pintado un rostro de rasgos primitivos, no sabría decirse si de persona o de fiera. Probablemente una mezcla salvaje de ambas cosas.

Ya al atardecer, se dejó oír el llanto del niño durante largo rato. Tanto, que Marina comentó que la criatura debería de estar sola, porque nadie parecía consolarla. El llanto continuó hasta bien entrada la noche, en un determinado momento de la cual cesó

para dar paso a la monótona salmodia que ya conocían.

Eugenio se despertó a media noche y vio a Marina sentada: su cabeza ligeramente ladeada y su mirada fija en cierto punto inconcreto denotaba que trataba de escuchar algo con gran atención. Iba a preguntarle qué, cuando ella extendió la palma de la mano pidiendo silencio, y pasados unos instantes murmuró:

—Hay algo fuera.

Como Eugenio solicitara una explicación, Marina le dijo que había sido desvelada por algo que rondaba la tienda, no tanto por algún ruido inopinado a aquella hora, cuanto por la percepción, todavía en sueños, de una presencia intranquilizante.

De pronto se oyeron pisadas al otro lado de la lona y una respiración a ras del suelo, como si algún animal olisqueara buscando un resquicio por donde introducir su pezuña.

Lo que fuera dio varias vueltas alrededor deteniéndose cada vez en un punto más cercano a donde reposaban las cabezas de los dos jóvenes, y, de súbito, se abalanzó sobre la tienda abombando la lona con su peso. Instantes después se marchó a la carrera.

Al día siguiente, Eugenio notificó lo acaecido a la dirección del camping, obteniendo como resultado la aparición de una nota en el tablón de anuncios en la que se rogaba a los acampados que se abstuvieran de dejar sueltos a sus perros por las noches.

A instancias del encargado, Marina leyó aquel anuncio, pero le expuso sus dudas acerca de que lo que había rondado la tienda la noche anterior fuera un perro.

—No, no creo —negó ante la sugerencia de que hubiera sido una persona—. Era un animal, de eso estoy segura —dijo, y no pudiendo contener su curiosidad preguntó por los de la tienda próxima a la suya—. El niño se pasa llorando gran parte del día, me temo que le dejan solo demasiado tiempo.

—No le dejan solo —repuso el encargado—. Es

que no salen de la tienda. Se pasan todo el día allí dentro a pesar del calor.

Eugenio no quiso bajar a la piscina, y permaneció leyendo durante la hora de la siesta, hasta que, incapaz de concentrarse debido al llanto infantil procedente de la tienda de los africanos, salió al exterior de la suya.

La extravagante carpa permanecía como de costumbre herméticamente cerrada.

Presa de una enorme curiosidad, que quiso disfrazar como preocupación por el incesante lloro de la criatura, se fue aproximando, y ya junto a la abertura que servía de puerta, tosió para anunciar su presencia. Se detuvo un momento a la vez que arreciaba el llanto del niño y, aclarándose la garganta, saludó con un «buenas tardes» que no obtuvo respuesta.

No sabiendo cómo anunciar su presencia de otro modo, permaneció un instante suspenso, y después golpeó con los nudillos en aquella especie de escudo colgado junto al farolillo, pero no hubo señal de que los moradores se dieran por enterados, por lo que, apartando con la mano la cortina y musitando un «¿se puede?» que a él mismo le sonabas ridículo, penetró en la tienda.

A la luz tamizada por las pesadas telas que constituían las paredes, pudo ver que bajo aquella carpa no había más que un sólo ámbito sin ningún tipo de subdivisiones. El mobiliario, lejos de estar constituido por cojines de seda y alfombras orientales, como había supuesto, estaba formado por un lecho cubierto con pieles, algunas lámparas de aceite y varios cuencos que al parecer contenían comida. En un extremo de la estancia, iluminado por una de aquellas lámparas, cuya vacilante luz acrecentaba su fealdad, había una talla de madera que parecía representar a alguna divinidad pagana.

El llanto de la criatura, que había arreciado cuando puso el pie dentro de la tienda, volvió a arreciar, y Eugenio advirtió que en una rústica cuna al otro lado del lecho estaba el niño, sin otra compañía que un extraño muñeco de trapo.

Se aproximó al bebé, que clavó en él sus grandes ojos castaños, y adelantó su mano con intención de acunarlo, pero en aquel momento se oyó un gruñido continuado como el que produce un perro que amenaza sordamente a su enemigo, un gruñido que antecede al ataque.

Se detuvo alarmado, y cuando el gruñido fue bajando de tono, miró a su alrededor con precaución tratando de localizar al animal, pero no pudo hallarlo. Quizá el perro, si es que había sido eso, se hallaba fuera.

Al darse la vuelta con intención de abandonar la tienda, vio que en el suelo, a pocos metros de la cuna, yacían dos pieles: una de león y otra de leopardo.

Más tarde comentó con Marina la desidia de los vecinos que abandonaban al niño durante horas, con el consiguiente riesgo para la criatura, pero ella le relató su conversación con el encargado del camping el cual había asegurado que los africanos no abandonaban en absoluto la tienda.

Próxima ya la hora de acostarse, el llanto de la criatura cesó, y Eugenio pudo advertir que, a juzgar por la actividad que se traslucía, los padres del pequeño había regresado de donde fuera.

Se apagaron las luces, finalizaron las tertulias, y cada cual se retiró a su tienda a descansar. Eugenio, no obstante, permaneció largo rato en el exterior contemplando fijamente la carpa vecina, que, recortada sobre el cielo nocturno, y aislada del resto del campamento, producía la ilusión de un súbito traslado a la gran llanura africana.

En cierto momento le pareció que hasta los ruidos y murmullos nocturnos se modificaban dejando paso a rumores más urgentes y menos familiares que servían de fondo a ocasionales rugidos y estridentes cánticos.

A aquella extraña sensación vino a sumarse otra que no podía localizar ni definir, pero que le cercaba como un inmenso velo del cual era imposible esca-

par: era como si se encontrara en el centro de una inconmensurable tela de araña y sintiera las vibraciones de la trama, indicio claro de que algo terrorífico y amenazador se iba acercando hasta donde él, incapaz de realizar un solo movimiento para intentar la huida, debía esperar el desenlace de los fatales acontecimientos.

Si antes de entrar en su tienda, Eugenio hubiera dirigido su vista hacia lo alto, quizá se hubiera apercibido de que en aquella inmensa red de lejanísimos puntos luminosos, residía la clave de su extraña inquietud. Pero no lo hizo, y alguien se felicitó por ello.

Como a causa de un monótono y puntual rito, fue despertado a media noche por el gutural cántico procedente de la tienda vecina. Permaneció cierto tiempo entre sueños madurando la decisión, y finalmente resolvió que, puesto que aquella hora parecía la única apropiada para tomar contacto con los de la carpa africana, iba a acercarse a la tienda y protestar (aún no sabía en qué idioma) por el escándalo nocturno, y quizá también, si acertaba a comunicarse, diría unas palabras acerca del abandono de la criatura durante el día.

Salió del saco de dormir, y ya a punto de abandonar la tienda, se detuvo un momento recordando al animal que había rondado por allí algunas noches antes. Eugenio no era cobarde, o al menos así lo creía, pero nunca está de más tomar precauciones, por lo que se proveyó de un afilado cuchillo de monte, y una vez armado salió al exterior.

Durante el corto trayecto hasta la carpa vecina volvió a asaltarle aquella extraña sensación de sentirse en cierto modo observado y en el centro de un punto de mira. Igual que si se encontrara en el fondo de un inmenso coso y las estrellas constituyeran las miríadas de ojos espectadores que permanecen atentos a lo que va a ocurrir.

¡Ah, las estrellas!

Si Eugenio se hubiera detenido a contemplarlas

sólo un instante (porque más tiempo no es recomendable) quizá hubiera advertido que aquella noche no estaban agrupadas de la misma forma. Pero no lo hizo y siguió caminando con los ojos fijos en la tienda africana.

Una vez que estuvo próximo a la gran carpa, se detuvo, y sintió que los ánimos que le habían incitado a tomar aquella decisión le abandonaban. No llegó pues a acercarse a la puerta, sino que rodeando la itinerante habitación, halló un resquicio, un a modo de raquítica ventana, a través de la cual podía contemplarse el interior.

Por allí pudo ver, precisamente cuando cesaba el canto monocorde, que las dos personas adultas permanecían en cuclillas cerca de la estatua labrada en madera. Estaban cubiertos con las pieles de león y leopardo, y parecían recitar en forma de murmullo algunas oraciones dirigidas a aquella divinidad pagana. El niño se hallaba en el suelo, cerca de la mujer, la cual, de vez en cuando, le daba de comer algo que aun sin poderlo identificar, revolvió el estómago de Eugenio.

Olvidada ya cualquier intención de tomar contacto con aquellas personas, se alejó de la carpa, y deseando tranquilizarse antes de regresar a la suya, se dirigió a los límites del camping con ánimo de dar un pequeño paseo.

Bastante antes de que Eugenio llegara a la cerca, cualquiera que se hubiera aproximado a la tienda africana y hubiera contemplado el interior, habría sido testigo de una extraña ceremonia.

El ámbito entero estaba ocupado por un gran número de recién llegados. Preguntarse de dónde procedían resultaría absolutamente inútil o perfectamente incomprensible para los no iniciados en los ancestrales ritos del Africa negra. Eran recién llegados, de eso no cabía duda, y fieles a la singular convocatoria, se agrupaban en círculo, silenciosos y tensos, de igual modo que cuando el leopardo se agazapa entre las altas hierbas y permanece inmóvil el tiempo

necesario para que su alertada presa vuelva a sentirse libre y confiada.

Aunque sus cuerpos parecían ágiles y fuertes, a pesar de que cada cual sostenía en sus manos un pequeño escudo redondeado y una afilada lanza, sus ojos estaban apagados, y el hálito vital que animaba sus miembros tenía el aspecto de ser un momentáneo préstamo.

Eugenio saltó la valla que limitaba el campamento y se sentó sobre una peña suavemente iluminada por la claridad lunar. Clavó sus ojos en las estrellas y ellas le devolvieron la mirada guiñándole siniestramente.

Del mismo modo que después de la lluvia o el rocío minúsculas gotas de agua penden de la tela de araña otorgando a la funesta trampa un aire inofensivo y cristalino, así también las lejanas estrellas constituían una inconmensurable red cuajada de diamantes que invitaba al reposo.

Se tendió sobre la peña contemplando aquel tremendo océano estelar ajeno a la aviesa e inmensísima espiral que se cernía sobre su cabeza y en cuyo centro se encontraba, y volviendo ligeramente el rostro, vio la luna en su cuarto creciente.

Muy poco a poco un rumor fue haciéndose audible, un son monocorde y rítmico como si alguien golpeara un tambor o algún objeto hueco. Era la señal del inicio de la caza.

Eugenio se incorporó para oírlo mejor, y sólo entonces advirtió que se encontraba bajo un firmamento austral.

Muy sigilosamente, los ágiles guerreros fueron abandonando la inusitada tienda, y, silenciosos, sabedores de dónde situar a cada paso las plantas de sus pies para no aplastar una hoja que pudiera delatar su presencia, blandiendo amenazadoramente las puntiagudas lanzas, se fueron arrastrando hasta los límites del campamento.

Una vez que el último de los terribles cazadores salió de la tienda, el niño comenzó a llorar, y Euge-

nio, casi tan petrificado como la peña sobre la cual se encontraba, sentía el creciente redoblar de los obsesivos tambores, mientras sus ojos recorrían incrédulos aquellas constelaciones solamente visibles en el hemisferio sur.

Consciente de que corría peligro, pero ignorante de su especie, se irguió dispuesto a huir para buscar refugio, a sabiendas de que debía tomar la dirección opuesta al campamento.

El sonido de los tambores arreció y se sobrepuso al resto de los ruidos nocturnos. Algunos animales surgían un momento de la espesura próxima y, tras permanecer atentos un segundo, echaban a correr internándose en el bosque.

Eugenio fue retrocediendo despacio, e intuyendo que necesitaba una considerable ventaja, emprendió la carrera apenas llegó a la entrada del bosque. La luna volaba vertiginosa sobre las copas de los árboles, y las estrellas australes rielaban intermitentemente emitiendo alaridos de cristal.

El ritmo del *tam-tam* llegó a su paroxismo, y Eugenio supo que su vida debía fiarla únicamente a la velocidad de sus piernas. De nada serviría encaramarse a un árbol o tratar de ocultarse en algún rincón de la espesura. Así pues, con los ojos desorbitados por el miedo, corrió y corrió a través del bosque creyendo ver a su paso sombras de gigantescos animales y luminosos ojos que le miraban desde la maraña.

Finalmente alcanzó el límite del arbolado y tuvo que continuar su carrera en descubierta, pendiente abajo, hiriéndose con los espinos de los matorrales. Y lejos de mostrarse indiferentes, la luna y las meridionales estrellas iluminaron la reseca tierra señalando el camino a los perseguidores implacables.

Pronto pudo escuchar a sus espaldas un griterío atroz, como de una jauría que fuera pisándole los talones animada por el vertiginoso sonido del *tam-tam*. No se atrevía a mirar atrás temeroso de perder unos segundos, y los pulmones le ardían, las fuerzas le fallaban, y una gran porción de lengua colgaba de su

reseco hocico. El corazón latía furiosamente balanceándose entre las costillas, y su cola se enredaba a veces en la maraña de los matorrales.

Mientras corría trataba de encontrar una solución a aquella irracional huida, pero en su cerebro tan sólo tenía cabida una idea fija: escapar, escapar, escapar.

Ya no se preguntaba escapar de qué o de quiénes. Unicamente era consciente de que debía poner tierra por medio entre él y sus perseguidores, o de lo contrario su vida peligraba.

Pasó junto a un manantial, pero no se atrevió a detenerse y a sumergir su hocico en el agua, aunque el gaznate le echaba fuego y sus ojillos se desorbitaban. Las patas empezaban a fallarle, y las pezuñas le dolían horrorosamente. Todo el pelaje de su cuerpo rezumaba sudor, y la extensión de lengua pendiente de su morro se alargaba cada vez más, pero no se detuvo.

La distancia entre él y sus perseguidores disminuía por momentos, y los gritos de los cazadores resonaban ya próximos a sus orejas, por lo que, realizando un desesperado esfuerzo, corrió y corrió a través de la llanura, aunque antes de haber alcanzado la mitad comprendió de manera instintiva que no llegaría vivo al final.

Las estrellas se arracimaron en lo alto prestando su concurso a la débil claridad lunar para iluminar espectralmente la escena: una docena de cazadores negros fue ganando ventaja al animal hasta que, habiendo llegado a determinado punto, uno de los perseguidores se separó del grupo, se detuvo un instante y, balanceando su nervudo brazo, arrojó la lanza, que tras describir un arco en el espacio nocturno se aproximó silbando y fue a clavarse profundamente en el cuerpo de la infeliz presa que cayó a tierra fulminada.

Los cazadores rodearon a la víctima y uno de ellos, el que parecía el jefe, la despellejó hábilmente utilizando un cuchillo de monte.

Al cabo de dos días un pastor encontró el cuerpo de Eugenio. Su corazón había sido atravesado por un arma punzante, y su cadáver, horrorosamente despellejado, yacía sobre la tierra en carne viva.



La vecina del patio interior



La vecina del patio interior

Nino Velasco

Admiraba, atisbando furtivamente por las rendijas de la persiana, la rotunda belleza de su nueva vecina. Sabía que su carácter tímido le iba a impedir dar el primer paso en una posible relación con ella. No podía sospechar entonces hasta que punto su vecina quería poseerle.

HACE ahora seis meses que ella llegó al piso de enfrente. Vivo solo en una casa de Benito Gutiérrez, un piso antiguo, pero confortable, hasta el que no llega el ruido de la calle y puedes permitirte el raro privilegio de pasar jornadas enteras en silencio. Tengo un sueldo aceptable que cubre mis escasas necesidades y aún me sobra algo para pequeños caprichos: un compacto Grundig, por ejemplo; un viaje de vacaciones, las cañas de mediodía con compañeros de la oficina o alguna tarde en cualquier discoteca con una chica.

Mi trabajo es bastante rutinario; soy delineante en el estudio de un arquitecto encumbrado y la tarea que me encomienda varía muy poco: planos de cimientos y, sólo a veces, de instalaciones.

La cocina de mi piso tiene una ventana que da a un patio interior. Frente a ella se abre otra ventana que pertenece a la vivienda contigua. Desde hace mucho tiempo, desde que yo llegué a esta casa en el año 78, ese piso permanecía vacío, pero, inopinadamente, al regresar un mediodía de la oficina, cuando me disponía a freirme un filete con patatas para comer, ob-

servé que la ventana de enfrente estaba completamente abierta. A través de ella vi a una mujer.

La primera impresión que me produjo este nuevo personaje que aparecía al otro lado del patio interior fue muy intensa. Iba y venía por el espacio de su cocina ajena a cualquier posible observador. Al principio seguí haciéndome la comida, lanzando de vez en cuando una mirada algo más que curiosa hasta la otra vivienda; después, oculto tras los visillos, me dediqué tan solo a espiarla con todo detenimiento.

Era muy rubia, lo que se dice rubio platino; tenía unos treinta y cinco años aproximadamente y se cubría con un albornoz blanco de felpa a través del que se adivinaba un cuerpo fresco y vigoroso. No llevaba ninguna otra prenda debajo, según deduje en el momento en que ella se agachó para coger algo y pude ver su pecho espléndido de piel pálida y turgente. Me comí el filete con patatas de pie, sin dejar de espiar tras los visillos. A veces ella se iba a otro cuarto y salía del campo de mi observación durante varios minutos; después regresaba a la cocina. Esperaba que apareciesen nuevos personajes de un momento a otro, niños, por ejemplo, o un probable esposo o compañero. Pero no fue así, y a las tres, cuando tuve que marcharme para volver al trabajo, ningún nuevo habitante de la casa había hecho acto de presencia.

A la semana de haber turbado mi existencia esta imprevista aparición, y tras algunas preguntas distraídas al portero, pude corroborar que ella también vivía sola. Entonces, mis observaciones tras los visillos de la ventana se intensificaron; prácticamente la acechaba todo el tiempo que tenía libre, y aquella mujer se convirtió en seguida en una persistente obsesión para mí. A veces salía a colgar su colada en las cuerdas situadas junto a su ventana, y en estas ocasiones, la simple visión de sus prendas interiores, todas de color blanco, me producía una impresión turbadora; pero, sobre todo, me fascinaba el amplio escote de su albornoz, el comienzo de su pecho desnudo, su cuello limpio y mórbido, su rostro, de expresión madura,

propio de una mujer equilibrada, pero, probablemente, muy ardiente.

Un día, cuando yo estaba tendiendo unos calcetines en mi cuerda, ella abrió la ventana para colgar sus cosas. Mi primer impulso fue retirarme rápidamente, pero la mujer rubia, mientras prendía unas braguitas minúsculas, me dijo con toda naturalidad:

—Buenas tardes, vecino.

—Hola —respondí.

—Aquí todo tarda mucho en secarse. Sólo da el sol un rato a mediodía.

—Sí... —fue lo único que acerté a contestar.

—Bueno, yo, a veces, si son prendas pequeñas, las cuelgo en el balcón... ¿Nadie le arregla la casa, le lava la ropa y todo eso?

—No, vivo solo.

—Yo también; más vale solo que mal acompañado, ¿no? —dijo ella riéndose.

El resto consistió en una especie de despedida de buena vecindad hasta que ella cerró la ventana, pero en esta primera y breve conversación advertí en todo que se trataba de una mujer predispuesta a entablar una relación más compleja. Era muy alta, quizá más que yo, y su aspecto, realmente llamativo, me producía, con toda seguridad, miedo. De modo que si no era ella quien daba los primeros pasos, yo me sentía incapaz de iniciar cualquier cosa. Estuve semanas enteras aguardando a que ella —que se llamaba Dora— hiciese algo, pero no ocurrió nada sino mucho después, cuando transcurrieron unos dos meses. Primero la encontré un mediodía en la calle, cuando yo volvía del trabajo, con tacones, los labios pintados, un chaquetón de piel blanca y resplandecientemente rubia. No sé cómo ocurrió, lo cierto es que ella me invitó a tomar el aperitivo. Después, al día siguiente, llamó a mi puerta para preguntarme si tenía una llave inglesa.

—Pasa, pasa... —le dije.

Y ella pasó del todo. Quiero decir que no se quedó en el recibidor del piso como yo esperaba, sino que me siguió decidida cuando le dije que iba a buscar la

llave en otra habitación. Mientras se internaba detrás de mí con su albornoz blanco, la oí que decía:

—¡Qué barbaridad! Pero, ¿cómo tienes la casa? Esto es un desastre.

—Sí, todo está patas arriba... Tengo que ponerme a ordenar.

—Bueno, bueno... En cuanto arregle lo del grifo voy a venir a echarte una mano.

De cerca me producía una impresión tremenda: era grande y fuerte, sin que esto le quitase ni una pizca de su turbador atractivo.

—No, no hace falta...

—Sí, hombre, sí; no sé cómo puedes vivir aquí... —terminó con un tono tan concluyente que únicamente me dejó la posibilidad de callarme, aceptando.

Media hora después estaba en mi piso moviéndose con decisión y eficacia. La cocina era, sin duda, lo peor. En los fregaderos había apilados un montón de cacharros sucios de varios días; por todas partes se veían restos de comida inservible y tenía varias bolsas de basura sin sacar. De pronto, me atreví a decirle:

—Ya que estás aquí, ¿por qué no te quedas a cenar?

—Pero, ¿tienes algo de cena? La nevera está vacía.

—Bajo enseguida a comprar algo...

—Está bien, baja... Yo mientras termino esto.

Descendí en el ascensor bastante entusiasmado, con el estómago palpitándome de expectación. Bueno, el contacto primordial estaba hecho, aunque me daba la impresión de que tendría que ser ella quien iniciase cualquier cosa posible. Yo, verdaderamente, no sabía cómo afrontar aquello.

Cuando regresé con unos filetes, fresas, una crema de sobre, una lata de callos, una botella de vino y pan, ella había terminado con la cocina. En seguida se puso a hacer la cena y, también en seguida, se produjo el hecho sorprendente. En primer lugar improvisó una ensalada con unos cuantos tomates que yo tenía en un frutero y, cuando terminó, me dijo:

—Prepara tú la crema, mientras yo frío los filetes.

Eché agua fría en una cacerola y vertí el contenido del sobre en ella. Dora, que preparaba los filetes dándome la espalda, volvió en ese momento la cabeza, miró el agua con el contenido del sobre hecho grumos y tocó el recipiente.

—¡Pero, ¿qué has hecho?! —exclamó imprevisiblemente furiosa— ¡¡Has estropeado la crema!!

Y sin mediar más explicaciones, presa de una especie de sentimientos vengativos más que coléricos, me infligió un golpe tremendo en la cabeza con la cuchara que tenía en la mano y después lo repitió tres o cuatro veces.

—¡La crema se prepara con agua caliente! ¡Con agua caliente! —me repetía.

Los golpes, administrados con el canto de la cuchara, me produjeron un dolor insufrible y caí derrumbado en un taburete, tocándome la cabeza y quejándome amargamente. Me había hecho sangre y, dado lo insólito de la situación, no me atrevía a decir ni una palabra. Entonces, ella, probablemente arrepentida por un gesto tan inexplicable como brusco, se aproximó a mí, me tomó la cabeza como si yo fuese un niño y comenzó a acariciármela tiernamente.

—Vamos, vamos; perdóname... Te he hecho sangre. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el cuarto de baño.

Pero no la dejé que se marchara; enlacé su cintura y la retuve junto a mí obligándola a que se sentara en mis rodillas. Su pecho quedó a la altura de mi boca y comencé a besarlo nervioso y turbado; después alcé la cabeza y busqué sus labios. Tras un beso enorme, ella insistió:

—Bueno, voy a buscar algo en el botiquín.

Pero seguí reteniéndola.

—Déjame, ¿no?...

—No.

Este fue el comienzo del segundo suceso inexplicable. Sin decir nada, me atrapó las orejas con sus manos, suavemente al principio; luego apretó sin piedad mientras las retorcía con violencia. Noté

como si se me desgarrara brutalmente el pabellón auditivo y lancé un alarido. Luego me toqué acobardado. La sangre me chorreaba por el cuello.

—Voy por el botiquín —dijo Dora, sin más.

Me estuvo curando amorosamente, sentada en mis rodillas, mientras yo, abriéndole el albornoz, y pese al agudo escozor de las heridas, besaba y mordisqueaba su carne asombrosa.

Nos acostamos juntos, y, en el transcurso de la noche, me produjo más lesiones; uno de sus besos fue sangriento: me mordió los labios de improviso hasta penetrarlos con sus dientes cortantes, y clavó sus agudas uñas en mi pecho, dejándome diez marcas rojas y profundas. Hacia las tres de la madrugada se incorporó de la cama inopinadamente.

—Espera un instante —me dijo.

Salió durante unos momentos para ir a su piso. Cuando regresó, advertí que traía en la mano un tubito transparente lleno de alfileres.

—¿Qué vas a hacer? —le dije más o menos aterrorizado.

—Túmbate boca abajo, no tengas miedo... —contestó.

—No.

—Vamos, túmbate —repitió con un tono mimoso, en el que, sin embargo, se advertía la impaciencia y la contrariedad.

—¡No, no! ¡Estás loca! ¡Me vas a clavar los alfileres!

—Date la vuelta, tonto... —insistió, mientras me tomaba por los brazos intentando girarme sobre la cama. Pensé entonces que sería imposible que ella me obligase por la fuerza a obedecer a sus deseos, e intenté defenderme. Al instante tuve conciencia de su fuerza. Con una rapidez y una destreza anonadantes, me rodeó súbitamente el cuello con uno de sus brazos, a la vez que me colocaba el codo del otro contra la nuca y trababa mis piernas con las suyas dejándome inmovilizado. El codo se incrustaba violentamente en la base de mi occipital a la manera de una

cuña, y el brazo que presionaba mi cuello me producía un ahogo próximo a la asfixia.

—Vamos, ponte boca abajo.

Obedecí. Dora se tumbó después sobre mí y, mientras frotaba suavemente su pubis contra mis glúteos ajustándose a un movimiento rítmico, me fue clavando uno a uno todos los alfileres. Pienso que serían veinte o treinta: a la vez que me arrullaba tiernamente, me los clavó a la altura de los omoplatos, en los costados, a lo largo de la columna vertebral. Los últimos, en las axilas, me produjeron un dolor inaguantable. Después me los quitó con prisa, me dio la vuelta como si fuese un muñeco y se montó sobre mí. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas y me debatía en una mezcla de dolor y excitación intolerables que me situaban en una especie de galaxia febril alucinante. Ella hizo entonces que la penetrase, más bien para compensarme del sufrimiento padecido, que para satisfacer sus propios deseos.

Cuando regresó a su piso a las cinco de la madrugada, se despidió de mí con mucho cariño, acariciándome tiernamente los lugares donde me había herido, lamiéndolos incluso, y me dijo algo que no sé si me produjo pavor o la expectación que antecede al anuncio de situaciones excitantes e imprevistas.

—Mañana volveré.

Sólo dormí tres horas y cuando me desperté para ir al trabajo, me sentía completamente dolorido. En el espejo del cuarto de baño observé detenidamente mi lamentable aspecto: tenía los labios hinchados, con las señales del mordisco; los lóbulos de las orejas ligeramente rajados, el cuerpo lleno de arañazos y diez marcas sangrantes en el pecho, cinco en torno a cada pezón. Se imponía inventar alguna mentira satisfactoria para los compañeros de la oficina y me debatía en la duda de plantearle cualquier excusa a Dora para que aquella noche no viniese a mi piso.

Y, sin embargo, durante todo el día, experimenté esa sensación de inquietante expectativa que te de-

para el hecho de saber que estás viviendo una situación excepcional, una aventura fuera de lo común.

Aquella noche Dora volvió y se acercó a mí, una vez establecidas las bases de nuestra relación la jornada anterior, sin ningún preámbulo. Me desnudó de una forma violenta sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo y, mientras me despojaba de la ropa y me decía cosas tan desconcertantes como «no es nada, cariño», «no te asustes», «te quiero, déjame hacer», me golpeaba esporádicamente con sus puños en los riñones, el estómago o el bajo vientre. Eran puñetazos contundentes, aplicados en lugares sensibles, cuyo impacto se hacía más lacerante al clavarme en la carne su pequeño anillo estriado.

En el transcurso de noches sucesivas, cuando, por ejemplo, me estuvo sajando la piel del estómago con una cuchilla que tomó de mi cuarto de baño, traté de defenderme con desesperación. Pero todo fue inútil: me atenazaba rápidamente mediante presas dolorosísimas y mis angustiosas tentativas sólo servían para evidenciar mi indefensión. Me permitía hacer el amor después de cada sesión de sufrimientos a modo de compensación, ya que resultaba evidente que ella no tenía el menor interés en esta clase de episodios.

—¡No me hagas nada en la cara, por favor! ¡Tengo que ir a trabajar! —le supliqué pocos días después, a las cuatro de la madrugada, cuando había ido a su casa en busca de una especie de punzón y presumí que tenía la intención de agujerearme las mejillas.

—No, cariño mío, no te inquietes; no vayas a trabajar si no quieres, deja ese maldito estudio. Yo te daré todo cuanto necesites... No te preocupes por nada...

Afortunadamente no llevó a cabo sus propósitos; los primeros meses se abstuvo de tocarme la cara y en seguida supe por qué. A las cinco semanas de nuestro primer encuentro me ordenó de una forma concluyente que abandonase el trabajo. Necesitaba todo mi tiempo para ella. Empecé a hacerle recados. A cualquier hora del día se presentaba en mi casa y

me enviaba a los lugares más dispares: a buscar hilo, a comprarle tabaco, a la farmacia de guardia; desde luego, iba todas las mañanas a hacerle la compra, pero también, y esto fue lo peor, comenzó a mandarme sistemáticamente a cobrarle los recibos de clientes morosos.

El primer día que llegué con dos recibos impagados, me propinó una paliza espantosa y llena de saña. Me apaleó durante media hora con la pata de una silla vieja persiguiéndome por toda la casa. Me lanzaba golpes terribles sin reparar dónde podía alcanzarme: un impacto increíblemente doloroso estalló contra la base de mi nariz y, ya al final, recibí una amarga patada en los testículos que me dejó inerme. Estuve tres días en la cama completamente aterrorizado, porque, a pesar de mi lamentable estado de postración, ella no dejó de venir cada noche para reforzar mis suplicios.

Fue entonces cuando empecé a concebir la idea de huir, no volver más a casa el primer día que me enviase a la compra o a cobrar recibos; incluso pensé en regresar a mi provincia con mis padres para reorganizar allí mi vida. Por mi cabeza pasaron ideas tan descabelladas como denunciar el caso a la policía; acción que deseché en seguida ante el espantoso ridículo que hubiera supuesto declarar en público que una mujer me dominaba de una forma tan sencilla y tan atroz.

—¿Por qué haces esto conmigo? —le pregunté una noche que llegó muy tarde y se metió en la cama junto a mí, más acariciadora que nunca, sin producirme ningún daño.

—Porque me gustas, porque te quiero. Oh, te quiero, te quiero...

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, puso a mi disposición toda su sabiduría amorosa sin hacerme sufrir. Fue tan sólo una excepción que no sentó precedente.

La noche siguiente, nada más llegar, colocó en el compacto un disco de *twists* de los años sesenta y me

cortó el pelo con unas tijeras de cocina. Cuando ya no era posible raparlo más con aquel instrumento, buscó a propósito una cuchilla vieja de las que yo usaba para afilar mis lápices y procedió a afeitarme la cabeza, insistiendo sobre mi cuero cabelludo con aquel filo inservible, entre espantosos dolores, raspaduras y cortes, hasta dejarme el cráneo totalmente limpio de cabello. Después, mientras musitaba palabras de consuelo, me estuvo lamiendo todas las heridas durante mucho rato.

Ahora ya no podré huir. No me permite salir nunca de casa y se ha apropiado de mis llaves. Cuando se marcha, cierra la puerta por fuera. Estoy lleno de hematomas y heridas; tengo la cara desfigurada por los cortes. Permanezco todo el día en la cama aguardando loco de pavor su llegada. No puedo resistirlo más. Me quedo adormecido durante muchas horas y en esos períodos de tiempo sueño continuamente. Se repite periódicamente una secuencia: me veo corriendo por los prados que rodeaban mi casa, llegando desde el colegio para que mi madre me dé la merienda en una cocina soleada. A veces, su rostro se confunde con el de Dora...

Me deja descansar algunos días para no aniquilarme del todo. En ocasiones, casi arrastrándome, consigo llegar hasta la cocina y miro a través de la ventana. Ahora vienen a visitarla varios amantes maduros a los que besa ardientemente al otro lado de los visillos. Con toda seguridad, ellos desconocen mi existencia. Nunca permanecen en su casa más allá de las doce de la noche y, cuando les oigo marcharse desde mi cama, la angustia y el pánico me sumergen en una terrible zozobra nerviosa que dura escasos minutos. En seguida oigo cómo Dora abre la puerta de mi piso y avanza por el largo pasillo hacia mi alcoba. Apenas entra en el vestíbulo, comienza a hablarme con el acento más tierno mientras se aproxima.

—¿Cómo está hoy mi amor? Te traigo una cosa que te va a gustar mucho, cariñito...

Ya no tengo ninguna esperanza. Ella llega cada no-


che con algún tormento nuevo premeditado durante la jornada y lo pone en práctica decididamente entre besos y caricias, ahogando a veces mis chillidos con una grosera bola de algodón que me introduce en la boca. Me ha tenido dos días con veinte chinchetas incrustadas en el cráneo rapado.

Apenas la veo, me pongo a sollozar y a gemir, intentando concitar su compasión, aterrorizado ante la perspectiva de suplicios cada vez más atroces. Ya no puedo caminar; cada paso, sin uñas en los pies, resulta un suplicio.

Espero morir pronto; la semana pasada me cortó las dos orejas y se las llevó a su casa envueltas en una hoja de periódico. Oigo en los pisos vecinos la música de los tocadiscos, las conversaciones familiares y el ruido de los platos a la hora de comer. Si me concentro, incluso percibo lejanos sonidos de la calle, a la que ya no salgo desde hace mucho tiempo.

Me he vuelto casi insensible al dolor; lo noté, precisamente, el último día en que ella vino, cuando me besó y me acarició con extremada dulzura antes de producirme la ignominia postrera. Desde esa jornada no ha vuelto. Seguramente se ha marchado; al menos, no detecto ningún movimiento en su piso. Ahora descanso, pero me estoy desangrando lentamente, pese a la cura que me hizo antes de abandonarme a mi suerte.

Sobre la moqueta gris, una parte de mi cuerpo yace separada desde hace dos días, desde que ella procedió a castrarme la última noche mientras me besaba quizá con más ternura que nunca.



La planta viva



La planta viva

Vicente Robles
Sobre un guión radiofónico de Antonio José Alés

Usted todavía no lo sabe. Ignora en términos absolutos que se encuentra rodeado de delicadas y multicolores criaturas que han puesto ya en marcha un plan destructor... Por eso le rogamos que preste mucha atención a las líneas que siguen.

DEL diario de Eloisa P. encontrado por inspectores de la policía en su domicilio:

29 de enero de 19..

Mi marido durante toda su vida ha estado dedicado a las cosas más extrañas que imaginarse pueda. Pasó una gran temporada en la que su afición por las ciencias denominadas ocultas ocupaba gran parte de su tiempo. Libros sobre astrología, hipnosis, espiritismo y todo lo relacionado con la parapsicología llenaban los estantes de la biblioteca y el despacho. Desanimado por los resultados obtenidos en la mayoría de los casos, fue abandonando poco a poco este tema para dedicarse al estudio de las plantas.

Así, y desde hace unos días, todos estos libros han ido amontonándose por los rincones del despacho, para dejar su sitio a multitud de diferentes plantas y macetas que han hecho de esta habitación un pequeño invernadero.

12 de febrero de 19..

En estos días pasados las plantas han seguido llegando continuamente. Ante la incapacidad material de meterlas todas en el pequeño despacho, mi ma-

rido ha habilitado uno de los cuartos contiguos al que por nada del mundo me deja pasar. Sólo él y su nuevo ayudante, Rafael, tienen libre acceso a esa dependencia.

15 de febrero de 19..

Hoy ha llegado Rafael con varios aparatos extrañísimos, que ha metido con celeridad en el «laboratorio» —así es como llaman ahora a su lugar de trabajo—. Ante mis preguntas de qué significaban todos aquellos artilugios, me contestaron evasivamente y lo único que pude sacar en claro era que debía callarme y no hacer preguntas hasta que ellos quisieran darme una explicación.

De todas las maneras, el asunto de las plantas está comenzando a preocuparme: mi marido apenas sale del laboratorio para nada e incluso me ha pedido que la comida se la lleve allí. La mayoría de los días al ir a retirar la bandeja me la he llevado casi con los platos intactos. Esto no puede continuar así.

24 de febrero de 19..

He entrado en el laboratorio y a empujones y con grandes protestas por parte de los dos investigadores he conseguido sacarles del laboratorio y sentarles en la mesa del comedor. En la sobremesa, y mientras tomábamos una taza de café, Miguel, mi esposo, decidió revelarme algunos datos de las investigaciones que estaba llevando a cabo.

«Tú ya sabes Eloisa —comenzó diciendo—, y está totalmente demostrado, que las plantas si «oyen» música agradable, crecen mucho más deprisa. Efectivamente, después de estas semanas de estudios hemos comprobado la veracidad de este fenómeno. Cultivamos dos cóleos en crecimiento con las mismas condiciones de temperatura, agua, recipiente, etc., excepto en una cosa: a uno de ellos por medio de unos auriculares especiales le aplicábamos cada día sesiones de dos horas de duración con música clásica:

Beethoven, Bach, Mozart, etc. Mientras que la planta tratada por el método típico ha seguido un crecimiento normal, el cóleo sometido a las sesiones musicales se ha desarrollado de una manera espectacular: sus colores son más vivos, sus tallos más fuertes y de sus ramas han nacido multitud de hojas».

«Esta demostración nos ha hecho continuar nuestros experimentos y llevarlos, si es posible, hasta las teorías de un profesor americano que está convencido de que las plantas no solo sienten, sino que en determinadas circunstancias incluso podrían llegar a captar nuestro pensamiento».

Al terminar mi marido esta frase no pude aguantarme y prorrumpí en una gran carcajada. Miguel se levantó de la silla como impulsado por un resorte; su semblante había cambiado instantáneamente, apareciendo serio, muy serio; sus ojos me dirigieron una mirada fría, intensa, cargada de odio ante mi incredulidad. Sin decir una palabra más se dirigió hacia su laboratorio y se encerró allí. Su ayudante, Rafael, le siguió inmediatamente.

2 de marzo de 19..

No he vuelto a ver a mi marido desde el pasado incidente de mis risas burlonas. No sale para nada de su lugar de trabajo y cuando voy a llevar la comida es Rafael quien la recoge cerrando en seguida la puerta.

8 de marzo de 19..

Después de muchos ruegos y lamentaciones he conseguido que saliesen del maldito laboratorio y que olvidasen las pequeñas disputas conmigo. Hemos comido los tres juntos y a la hora del café, Rafael se ha quedado haciendo la sobremesa conmigo; mi marido nos ha abandonado en seguida pidiéndonos perdón, pero tenía un trabajo a medio realizar y no podía dejarlo por más tiempo.

Rafael, sin darme tiempo a que le preguntase nada, comenzó diciéndome:

«No debería haberse reído usted como lo hizo la otra tarde. El trabajo que realizamos ahí dentro es muy serio y sobre todo para su marido. Yo al principio dudaba como usted de los resultados y de las cosas que me refería Miguel. Pero he constatado personalmente que acariciando a las plantas estas pueden llegar a reconocernos; un hombre a kilómetros de distancia de una planta, puede enviarle mensajes telepáticos que la planta recibe puntualmente» me decía.

«Por medio de un experimento realizado la semana pasada —continuó— cualquier duda que todavía quedase en mí, ha sido apartada de mi mente. Me acerqué con un mechero encendido a una de las plantas y pude comprobar cómo la planta ante la cercanía de la llama se alteraba, en sus constantes vitales aparecía algo así como un desmayo. Esto sucedió varias veces hasta que la planta comprendió que no le iba a hacer daño, que se trataba tan solo de una prueba. Pero todavía se altera cuando me ve acercarme con fuego en la mano».

En aquel momento Rafael fue reclamado desde el laboratorio y me dejó sola. No podía creer en nada de lo que me había dicho. Empecé a temerme que a mi marido le comenzara a faltar la razón y había contagiado en su locura al pobre Rafael.

23 de marzo de 19..

En estos días pasados todo ha transcurrido con normalidad. Comemos y cenamos los tres juntos, pero ni ellos hablan de la marcha de sus experimentos, ni yo he querido preguntarles hasta ahora. Pero la curiosidad pudo más que la decisión y hoy he decidido hacerles una visita en el laboratorio.

Me abrió la puerta mi marido y pude ver que su cara rebosaba de felicidad. Sin dejarme hablar comenzó a decir:

«Después de estos meses de trabajo puedo decir muy ufanamente que hemos encontrado mucho más

de lo que esperábamos. La conclusión a que hemos llegado en estos momentos es que las plantas no solo perciben nuestro pensamiento, sino que son capaces de comunicarse entre ellas. Las plantas hablan, y en este momento Rafael las está escuchando».

Salí de aquel laboratorio completamente aterrada. Por un lado en mi cabeza bullía cada vez con más fuerza la terrible idea de que la locura se había apoderado de aquellas dos mentes investigadoras y ya empezaban a desvariar de una forma casi total. Pero por otro lado había algo en aquel laboratorio que no me gustaba, algo extraño, indefinido, que me hacía repeler todos aquellos experimentos; una especie de sexto sentido que me avisaba de un posible próximo peligro.

20 de mayo de 19..

Mi marido y su ayudante han estado trabajando febrilmente durante estos dos meses. Se acuestan a altas horas de la noche y al poco de salir el sol ya están dedicados otra vez a su actividad. He comenzado a llevarles otra vez la comida al laboratorio y no puedo evitar un escalofrío cada vez que me acerco a aquella puerta.

27 de mayo de 19..

Esta mañana Miguel ha reclamado mi presencia en el laboratorio; quería que comprobase el resultado de uno de sus experimentos. Cuando traspasé aquella puerta la extraña sensación que había sentido en otras ocasiones se apoderó de mí intensamente, y se hizo más notoria cuando me dirigieron hacia la pequeña habitación contigua en la que hasta aquel momento había sido prohibida mi entrada.

Mientras el cuarto que antes había servido de despacho estaba repleto de plantas que se amontonaban por todos los lugares, en la habitación prohibida solamente un *ficus* significaba la presencia del reino vegetal allí. Todo lo demás eran extrañas máquinas y

aparatos que de ninguna de las maneras podía adivinar su utilidad. De uno de esos rarísimos aparatos salían unos pequeños auriculares, que a su vez estaban conectados por medio de unos finos cables al tallo del *ficus*.

Sin poder dar crédito a lo que veía y todavía absorta en la planta, mi marido comenzó a decirme:

«Ya no nos queda ninguna duda de que las plantas emiten sonidos. Igual que los delfines tienen un lenguaje que no podemos escuchar porque está compuesto de ultrasonidos, las plantas también se comunican por medio de estos imperceptibles ruidos, pero en otra frecuencia. Después de ímprobos esfuerzos hemos conseguido conocer la frecuencia exacta, y por medio de esa extraña máquina que tienes a tu izquierda y un complicado circuito programado, nuestra palabra sufre una conversión a ultrasonidos y la planta, de esta manera, nos entiende. Pero lo más fantástico es que este mismo aparato convierte los ultrasonidos de la planta en palabras, y así podemos hablar con ella».

«Debido a tu manifiesta incredulidad, he querido que seas tú misma quien compruebes la veracidad de mis palabras. Coge esos auriculares, póntelos en los oídos y habla a la planta».

Cuando cogí los auriculares mis manos temblaban y un sudor frío invadió todo mi cuerpo. Aquello era absurdo, yo no podía hablar a una planta; si ellos estaban rematadamente locos que siguiesen con sus manías, pero mi lógica humana me impedía hacerlo. Volví la cabeza para decirle a mi marido que me negaba a realizar el experimento, pero al observar la adusta mirada de Miguel decidí que lo mejor que podía hacer era seguirles el juego. Con voz entrecortada y casi como un suspiro, pues las palabras se negaban a salir de mi garganta, me dirigí a la planta:

—¿Me... me escuchas?

—Sí, perfectamente... Tú... eres... Eloisa...

La voz era susurrante y llegaba a mis oídos como si viniese de muy lejos; en mi cerebro sonó como una

voz del más allá. Y sentí repentinamente miedo, un terror inimaginable se apoderó de todo mi cuerpo. Todavía en estos momentos no sé cómo lo hice, estaba estremecida, aterrada, pero volví a interrogar a la planta:

—¿Me comprendes?

—Comprendo tus palabras, pero no puedo comprender el mundo en que vives... ¡Es tan diferente del nuestro!... Nosotras las plantas estamos en otra dimensión distinta a la vuestra... Pensamos, sufrimos o somos felices, vivimos en una palabra... Sí, ya sé que los humanos pensáis que somos seres inferiores, pero estáis equivocados... Las plantas somos los seres más antiguos de la tierra y somos superiores a todos vosotros, somos más inteligentes... El mundo acabará muy pronto para los humanos... Con los deshechos de las fábricas estáis contaminando el agua; los coches y las explosiones nucleares hacen que el aire sea ya casi irrespirable, y hasta la tierra llena de basuras y productos químicos se está pudriendo... Hasta este momento os hemos dejado hacer, pero las plantas ya hemos tomado una decisión: os destruiremos...

La voz era ahora más fuerte, más segura de sí misma que antes. Intenté quitarme los auriculares, pero una fuerza extraña me lo impidió y seguí escuchando absorta a la planta.

—Tienes que comprenderlo... No nos habéis dejado otra opción... Si no os destruimos, acabaremos pereciendo con vosotros en alguna de las estúpidas guerras que los humanos fomentáis para destruiros unos a otros, y ésto a nosotras no nos importa, pero sí el que la desaparición de la humanidad traiga consigo la aniquilación total del reino vegetal... Por eso precisamente, todos moriréis...

Un grito desgarrador salió de mi garganta —¡No podréis!— y caí desvanecida al suelo.

28 de mayo de 19..

He despertado sobrecogida en la cama de mi dormitorio. Todo mi cuerpo estaba bañado por un sudor

frío, respiraba agitadamente y me sentía terriblemente cansada después de una insoportable noche de espantosas pesadillas. Soñaba que las plantas de todos los lugares de la tierra podían caminar y se dirigían contra los hombres. A medida que avanzaban iban dejando una estela de muerte y desolación por todos los lugares que pasaban; pero sólo asesinaban humanos, los animales eran respetados por estos sanguinarios seres. Al final del sueño la tierra estaba poblada únicamente por las plantas y los animales irracionales. La humanidad había perdido su última gran batalla. Aunque sé que sólo ha sido un sueño, no puedo evitar un estremecimiento cuando pienso en ello.

Pese a que tanto Miguel como Rafael me han pedido insistentemente que les relatase qué me había manifestado la planta el día anterior, he decidido guardar silencio. Tampoco les hablaré de mis sueños.

1 de julio de 19..

Durante todo este mes, lo mismo Miguel que su ayudante han estado trabajando muy duro. Todas las conversaciones con la planta las grababan en cinta magnetofónica y tenían la idea de escribir un libro sobre el tema una vez acabado el experimento.

Yo, por mi parte, he resuelto no volver a aparecer por ese condenado laboratorio. Sólo de pensar en la experiencia sufrida el último día que estuve allí me pongo a temblar.

5 de julio de 19..

Esta mañana tanto Miguel como Rafael han amanecido enfermos. Los dos decían tener los mismos síntomas: se encontraban decaídos, sin fuerzas y los músculos parecía que se negaban a aceptar las órdenes de su cerebro.

No le di demasiada importancia achacándolo todo al agotamiento físico producido por el duro trabajo de los últimos meses. Les he dejado dormir durante todo el día y mañana despertarán frescos y con ganas de volver a su tarea.

6 de julio de 19..

La lividez del rostro de Miguel me ha aconsejado llamar al médico. Después de una completa exploración, el doctor no ha sabido darme un diagnóstico y me ha recomendado internarles en una clínica para hacerles unas pruebas completas. Esta misma tarde han ingresado los dos en el Hospital Provincial.

12 de julio de 19..

Después de una semana trágica y dolorosa, de pruebas y más pruebas sin llegar a ninguna conclusión, mi marido y Rafael han fallecido. Lo único extraño que han encontrado los médicos, han sido unos pequeños corpúsculos repartidos por todo su cuerpo que de alguna manera parecen ser esporas vegetales.

Cuando oí aquellas palabras me dirigí a toda prisa hacia mi casa. Entré en el laboratorio con miedo, casi con terror. Al abrir la puerta de la pequeña habitación me pareció que el *ficus* había crecido. Su aspecto altivo, casi desafiante, me aterrorizó una vez más.

Poniéndome los auriculares me dirigí hacia él y con una voz gutural, que ni yo misma reconocería, producida por el miedo, le dije:

—¿Has sido tú...?

—Sí. Hemos sido nosotras... —contestó después de unos minutos de silencio.

Su voz ahora era autoritaria, como la de un triunfador.

—Otros hombres están muriendo en estos momentos —continuó la planta— en todos los lugares de la tierra... Y vuestros médicos e investigadores nada podrán hacer por evitarlo... Nuestra venganza ha comenzado y nada puede pararla... Tardaremos cientos de años en destruiros, pues nuestros movimientos son muy lentos, pero al final lo conseguiremos... El planeta es nuestro, estábamos aquí mucho tiempo antes que vosotros... Para salvarnos las plantas debéis de perecer la humanidad entera... Absolutamente toda...

Una ira tremenda se apoderó de mí. Tiré los auriculares con rabia al suelo e hice pedazos aquel maldito *ficus*. Mientras la estaba pisando me pareció oír todavía una risita proveniente de aquella maldita planta.

* * *

... Empiezo a estar cansada, muy cansada. Ya casi no puedo seguir escribiendo; mi mano se niega a obedecer los impulsos de mi cerebro. Pero, créanme, destruyan inmediatamente sus plantas. El futuro de la humanidad está en peligro.

* * *

El inspector González esbozó una sonrisa y cerró el manuscrito. Luego llevó el diario a la comisaría por si pudiese constituir una prueba en las averiguaciones de su extraña muerte.

Sánchez —ordenó—, archívelo en la sección correspondiente. Seguramente se trata del caso de una pobre demente.

Mecánicamente el agente tomó el legajo y lo depositó sobre un inmenso montón de informes apilados en aquella sección que habían llegado durante los últimos días casi inundando la comisaría. Cuando lo hubo dejado encima se alarmó al recordar que todos aquellos escritos trataban sobre el mismo tema. Un escalofrío recorrió su cuerpo al mismo tiempo que dirigió una temblorosa mirada a la maceta que adornaba la oficina...



Desquite de enanos





Desquite de enanos

Manuel F. Laviada

Una vez más se borraron los sutiles límites que separan la realidad de la ficción. Y como siempre que se aceptan las reglas de tan peligroso juego, sus protagonistas aceptaron el riesgo de ser destruidos en el empeño.

EN el fondo de su corazón, aquel hombre sentía horror por los enanos. Le repugnaban físicamente. Visualmente, al igual que los mostradores de las casquerías o tiendas de despojos. La deformidad del enanismo le desagradaba de una manera visceral, como todas las taras consecuentes a trastornos fisiológicos. Pero esta no era una repulsión de mucho tiempo atrás, ni fermentada en el curso de los años. Era un sentimiento reciente. Aunque él, hasta el momento, había sabido callar, ocultándolo. Incluso le molestaba tener que pronunciar aquellos nombres pintorescos, «el Chucán» Dacio, Cirilo o Don Charlot, «el Bichoso», «el Tuso» Amalio. «El Bichoso» le parecía un apodo particularmente obsceno.

A sus 49 años, Rubén Poveda guardaba aún una presencia de galán. Tenía la piel bronceada, el pelo negro entrecano peinado a raya, las facciones rectilíneas de las estatuas clásicas, los ojos verdes y expresivos. Su delgadez natural, impune a todos los excesos, acompañaba bien a su talla de un metro ochenta. Poveda, apoderado y empresario taurino, vestido con traje de hilo de verano color hueso claro, se sirvió

con delectación su tercer whisky con soda y cubitos de hielo. Con porte un tanto altivo y estudiado, volvió desde el mueble-bar hasta el centro de su oficina lentamente. Afuera, sobre la calle Carranza, caía un breve y espeso chaparrón veraniego. Era el 13 de septiembre, sábado. Pese a lo tardío de la hora las 20,45 o, como se dice en cristiano, las nueve menos cuarto, aún había mucha claridad en la calle, cuando se retiraban en rápido desplazamiento las nubes bajas y grises, duchando las calzadas. Sin embargo, el calendario de la pared del fondo del despacho parecía adelantado. En efecto, mostraba la hoja correspondiente a los meses de octubre y noviembre, bajo una estampa de ambiente taurino del español Daniel Vázquez Díaz. Varias fechas salteadas habían sido marcadas con redondeles a gruesos trazos de rotulador. Eran por el momento sus fechas de la temporada. Como había explicado media hora antes al novillero el «Quiteño», durante la visita de éste al despacho, señalaban contratos o compromisos en Guayaquil, Quito, Esmeraldas, Maracay, Lima, Cartagena de Indias, Méjico, Guadalajara y otras plazas chicas ecuatorianas como Azogues y Montería.

La mano derecha ensortijada y morena de Rubén Poveda recogió el verdoso puro habano del cenicero dorado.

—No estás en condiciones de quejarte, Dacio. Ni tú ni Don Charlot, ni «el Bichoso», ni el «Tuso» Amalio —dijo con sequedad y se dejó caer en la butaca expirando una bocanada de humo exquisito.

Al otro lado de la mesa, Dacio, de perfil, apoyado en un brazo de su sillón, hizo un ademán de disgusto. Las suelas de los zapatos le llegaban justo al borde del acolchado asiento. Vestía ligera ropa veraniega de vivos colores. Era un enano de piel tostada y facciones correctas. No tenía los rasgos aplastados. Su cuerpo de un metro veintiocho sí era desproporcionado y amazacotado, aunque ágil de movimientos. Rubén Poveda consideraba a Dacio, cuyo nombre artístico era «el Chucán», un iluso y un vanidoso, pero inofensivo.

—El año pasado llenamos en todas partes —argumentó Dacio.

—¿Acaso os he echado algo en cara? —el hombre de negocios se distraía jugando con un cortapapeles de doble filo, de puño de cobre.

—Iba tanta gente a vernos como a los españoles, como a Paquirri y Manzanares.

—No digas majaderías, «Chucán» —Poveda sonreía con desgana—. No discuto que vuestras mojigangas funcionan en las plazas de tercera...

—De tercera y de primera —corrigió Dacio, añadiendo con orgullo—. La charlotada no morirá nunca.

Su apoderado se encogió de hombros.

—La cosa es que hay que pillar lo que os den. Como empresario sólo tengo siete u ocho pueblos chicos. Las restantes tarifas no las decido yo. Las dictan los grandes, los de siempre.

—Es una miseria inaguantable. «El Bichoso» se ha tirao el invierno en cama con todos los huesos estrujáos. Y desde mayo andamos sin un sucre. No podemos seguir así...

Poveda dejó el cortapapeles sobre una carpeta de plástico con brusquedad.

—Pues fuera de temporada tendréis que trabajar en otra cosa.

—Los músicos de la Banda pueden hacerlo. Y los picadores, los peones, los puntilleros, toda la gente del toro. Pero nosotros...

—Vosotros, los enanos, es que sóis unos peláos —Rubén Poveda se puso en pie casi gimnásticamente, dio una calada al habano, y comenzó a caminar en círculos sobre la moqueta—. No tengo la obligación de resolveros los doce meses del año, me parece. Os contrato de octubre a enero y gracias.

—Pero don Rubén, dese idea, a nosotros nos cuesta sudar cobre, encontrar...

—¿Un trabajo serio, como hace cualquier persona? —la mirada de Poveda al enano era intensa y autoritaria—. Pues que queréis que os diga, meteros en un circo.

—Ya, ya —«el Chucán» dio un salto ridículo para bajar al suelo—. No le entiendo su actitud. ¿Es que no tiene corazón?

—Ahórrate palabras huecas, «Chucán», que me conoces. ¿Qué tiene de malo un circo? ¿Acaso es más digno hacer reír al público en una charlotada?

—Ya hemos trabajo en circos —el enano caminaba con las manos cruzadas a la espalda—. Pero este año ha sido negro. Más que pésimo, don Rubén. Si no sacamos contratos más lindos este verano, estamos asfixiados.

—¿Cuántos años tienes? —el apoderado apuró su whisky y fue a servirse el cuarto.

—Dende abril, treintas.

—¿Y don Charlot?

—Veintisietes, pienso.

—¿Y «el Tuso» Amalio?

—Veinticuatro o veinticincos.

—¿Y «el Bichoso»?

—Va pa los treinta y dos.

—Pues tenéis toda la vida por delante. Si no os va este juego, podéis cambiar. El mundo del espectáculo es muy duro... ¿No sabéis leer los anuncios de colocaciones? —Con la nariz a la altura de la mesa, Dacio, inmóvil, miraba fijamente la reluciente y afilada plegadera.

—¿No le han contáo la situación, Poveda? ¿Es que se quiere burlar? ¿Es que le gusta reírse de mí?

—¿Yo? —Poveda hizo una pausa enfática—. Yo no voy a ver mojigangas, Dacio. Yo cuando quiero reír, voy a un buen café-teatro. A mí los enanitos toreros, las charlotadas, me resbalan...

La piel cetrina del «Chucán» enrojecía por segundos.

—A mí me va lo fino —añadió el apoderado—. Me van Domínguez y Martínez y «el Coronel». Y Camino.

Dacio se desplazó con andares furiosos e inarmónicos hacia el mueble-bar.

—Sírvete, sírvete lo que quieras. Tengo también ese terrible pisco. Verdaderamente lo compro para

ira hacia su apoderado, pero se contuvo a tiempo. Sus manos gordezuelas temblaban de rabia, pero sus labios se arquearon en una sonrisa provocadora.

—¿Y usted? ¿Usted, que Cirilo se ha hecho cornear, y pisotear, y voltear, y arrastrar, y ha dejado que la estúpida multitud le llamara de to, ganándole una plata, que luego ha alquiláo cinco plazas, y ha puesto este despacho, también le tiene asco?

—Te digo que lo dejemos, ¿entendido?

—Y cuando Cirilo le prestó un dinero pa que cubriera un cheque sin fondos... ¿Le dio asco entonces?

Poveda hizo un movimiento brusco con la mano, significando a Dacio que le olvidase.

Pero el enano avanzó unos pasos hasta detenerse a dos metros del alto apoderado. E insistió.

—¡Conteste!

—¡Pues sí! ¡Entonces y ahora! ¡El y el «Tuso» y el «Bichoso» y tú, y todos los enanos del mundo, majadero! ¿Lo quieres más claro? ¡Cunto más lejos os tengo, mejor me siento! ¡Me repeléis... trabajo en esto por los sucres, pero me espantan vuestras grotescas charlotadas. Con ropa de calle pasáis, ¡pero vestidos de luces! ¡No comprendo a vuestro público! ¡Sóis un espectáculo repugnante! ¡Así os muráis de hambre, no volváis a contar conmigo!

Poveda temblaba, sofocado, colorada la cara, entre desafiante y repentinamente indeciso, quizás avergonzado. «El Chucán» había quedado paralizado. Súbitamente arrojó su copa de pisco lejos, que se hizo añicos contra el suelo enmoquetado. Le ardían las sienes.

Su voz se arrastró en un murmullo ronco, antes de estallar en un rugido: —Hijolagranputa... ¡Me cago en tos sus muertos!

Y el «Chucán» se volvió, sorteando el mueble-bar con paso nervioso, y abrió de golpe una puerta lateral. Los rostros de otros dos feos enanos, desagradables, asomaron por la abertura.

—Pasad, pasad. Ya le habéis oído, yo tenía razón. Este canalla nos desprecia. Le es indiferente que nos muramos de hambre.

Los tres enanos avanzaron hacia Rubén Poveda que, a pesar de su superioridad física, quizás involuntariamente, retrocedió unos pasos.

—Pero el maldito está perdío. Se ha llenáo de cinco whiskies envenenáos. De antimoniuro. Nos estuvo despreciando durante todos estos días. Pero nunca más volverá a despreciarnos.

Poveda dio un paso atrás, tropezando con la mesa de despacho. Se tambaleó. Se contrajo por la cintura, emitiendo un ronco gemido. Tenía las facciones congestionadas. Y finalmente cayó al suelo dos segundos antes de que cayera el telón. Pese a los esfuerzos entusiastas de algunos amigos del autor, dispersos en la sala, la acogida del público a la representación del estreno fue solamente tibia. La mitad de los espectadores desfilaron inmediatamente hacia las puertas de salida. Pero el primero en abandonar el patio de butacas fue un prestigioso crítico de un diario de gran tirada. Este influyente crítico solía asistir a la cuarta o quinta función, ya rodadas, pero en esta ocasión se había anticipado. Mientras caminaba por la calle Juan José Flores, iba pensando ya la crítica que publicaría al día siguiente.

—Infame obra este «Desquite de enanos». De una extravagancia desafortunada, completamente inactual. El segundo acto es penoso —recordaba el crítico—. No comprendo cómo Diego José Gómez ha podido descender tan bajo. Está de lástima en su papel de Rubén Poveda. Esta obra no va a tener más de doce o catorce representaciones. Eso como máximo.

La reacción del público fue aún más fría en la sesión de noche. Se produjo una pequeña tentativa de pateo. Los aplausos escasearon. Al protagonista, el reputado Diego José Gómez, le avergonzaba salir a saludar tras la ansiada caída del telón, cumpliendo un trámite casi obligado. Los aplausos eran también de compromiso. Ni el mismo autor podía creerse aquellos burdos diálogos.

En su camerino, Diego José Gómez se explayó con un conocido, un entrevistador de una emisora de ra-

dio. Le confesó que se había equivocado aceptando el papel de Rubén Poveda, de «Desquite de enanos», que había dado un paso en falso. Pero se aseguró que esta confidencia quedara secreta, *off the record*. Y luego, cuando el magnetofón ya registraba sus palabras para los radioyentes, disimuló sus verdaderas impresiones. Desplazó el asunto de la entrevista hacia el futuro rodaje de una película en Venezuela. Desde el camerino contiguo, escuchaban todo en silencio, intercambiando miradas de inteligencia, impávidos, los actores enanos, que se llamaban en realidad Vicente, Pedro, Sócrates y Raúl.

Más tarde, Diego José Gómez tomó unas copas en el bar Ragtime, vecino al teatro en el que trabajaba, el Maravillas. Necesitaba levantar el ánimo. Además, había algo inconcreto que le tenía preocupado, le producía malestar. No podía recordar qué era. Pero era alguna cosa relacionada con «Desquite de enanos». Ni la mala calidad, ni la frialdad del público. Algo referente a los enanos. Por fin marchó a su casa en su Oldsmobile.

Le iba dando vueltas en el auto a aquella sensación. Tenía idea de que algo no había sucedido como debiera. Un desajuste, quizás, en la función.

Nunca podía haber imaginado el famoso actor que tres de los enanos le aguardarían en el reducido jardín junto a su portal. Diego José Gómez vivía en una tranquila zona residencial de semilujo. La imprevista aparición a través del parabrisas le causó desasosiego. Y era pintoresca, absurda, la estampa de los tres enanos cubiertos tras gafas de sol a las dos de la madrugada. Diego José se removió inquieto. Salió del coche. En ese momento descubrió también a Vicente, que se sumaba al grupo, procedente del ángulo recto que formaba una pared saliente de la casa con el escondido portal. Vicente, que interpretaba al «Chucán», sonreía enigmáticamente, produciendo un molesto efecto burlón. Pedro, que actuaba como Don Charlot, tosía leve, intermitente y constantemente. Parecía sufrir de tos congénita. Raúl, intérprete del

«Bichoso», era un enano brusco, de mal carácter, cuya fealdad acentuaban las cicatrices por toda la cara de una erupción de varicela mal atajada. Sócrates, que apenas intervenía en la obra como el «Tuso» Amalio, era muy tímido y silencioso. Simplemente hacía bulto entre sus compañeros. Se rascaba el puente de la nariz, o una oreja, de una manera continua, lo que le ocupaba y distraía el sistema nervioso. En grupo ofrecían una impresión intranquilizadora.

Se atropellaban por hablar con Diego José Gómez urgentemente. Pese a una ligera resistencia, que los enanos no tomaron en consideración, el actor no supo negarse a atenderlos en su casa. Al recordar que su amiga estaba de viaje en una gira con otra compañía, Diego José sintió alivio. No hubiera sido fácil ni cómodo explicar aquella rara visita en hora tan intempestiva. Pero no podía rechazar a sus compañeros de aquella obra desgraciada, «Desquite de enanos». Aquellos cuatro debutantes sin suerte no volverían a encontrar otra oportunidad en los escenarios teatrales. Le inspiraban recelo, pero también piedad.

Diego José Gómez habitaba un confortable y pulcro apartamento. Vicente entró en él con impertinente desenvoltura, como si hubiera estado allí cien veces. El pasillo y casi todas las paredes estaban plagadas de affiches de teatro. Se podía seguir en ellos toda la carrera teatral del actor desde el año 1952. Gómez había sabido conservar tan valiosos recuerdos. Tenía un espíritu calculador. Aquellos carteles habían escoltado y decorado diversos mobiliarios y diferentes domicilios. Pero el affiche anunciador de «Desquite de enanos», con las caras de aquellos cuatro visitantes rodeando desde los ángulos la de Gómez, que ocupaba el centro, no había llegado a cruzar la puerta del apartamento.

Gómez sirvió unos whiskies en la salita. Los cuatro enanos le observaban pacientemente, retrepados en fila sobre el sofá del tresillo. Hacían un «Capricho» de un Goya contemporáneo. Parecían ciegos, con sus gafas ahumadas.

—Estamos disgustados con usted —empezó el enano guapo y locuaz, Vicente.

—Descontentos —corrigió Pedro entre tos y tos.

—Se está usted portando muy mal con nosotros —añadió en tono áspero Raúl.

Sócrates miraba hacia el ventanal o hacia los carteles de la sala, como ausente de la conversión.

—No les entiendo —replicó Diego José Gómez.

—Es usted un actor de gran reputación —elogió Vicente—. De lo mejor del país. Le he visto en varias obras. Lo hace muy bien. Pero no pone ningún interés en «Desquite de enanos». Trabaja usted con rutina, Gómez. No hace el menor esfuerzo por el éxito de la obra.

—No es cierto —protestó el actor.

—Lo es. No está usted debidamente entregado. Y no podrá quejarse; nosotros ponemos todo nuestro afán, nuestra simpatía. Nos hacemos acreedores del aplauso del público. Pero usted, que es el consagrado, el veterano, la figura, es el máximo responsable del espectáculo.

—Y nos decepciona —comentó Pedro.

—Si usted no da un recital, convenciendo al espectador de la ruindad y crueldad de Rubén Poveda, hasta excitar sus ánimos... ¡qué más dará todo nuestro entusiasmo, nuestra entrega y nuestra simpatía! —exclamó Raúl.

Diego José Gómez, azorado, dio un largo sorbo de whisky.

—Lo hago lo mejor que puedo... —dijo—... pero ese personaje...

—¡Ese personaje es real como la vida misma! —casi gritó Raúl—. ¡Pues no hemos encontrado por ahí suficientes Rubén Poveda! Tipos engreídos y sádicos, despectivos con la gente indefensa...

—Sí. Ese Rubén Poveda es un personaje muy acertado, muy adecuado para el lucimiento de un gran actor —observó Vicente, mientras sonreía amablemente a Diego José Gómez.

Pedro se aclaró la garganta, para añadir con un hilo de voz.

—He conocido sujetos como él... Merecerían la muerte.

—La muerte más espantosa —subrayó Raúl.

—Es evidente que Rubén Poveda tiene garra —continuaba Vicente—. Cualquiera puede sentirse su víctima. Cualquiera puede sentir la necesidad de reaccionar a sus abusos... Ahí veo yo la intención y el mensaje de la obra.

—Pero la obra es... —la voz del actor se oía débil, menguada—... es mediocre.

Todos los enanos cruzaron miradas de perplejidad. Vicente fue el primero en replicar.

—«Desquite de enanos» es una obra excepcional.

—Tiene calidad —apoyó, tosiendo, Pedro.

—Muy humana —corroboró con voz ronca el siniestro Raúl—. Debería conmover a las personas con sensibilidad. Tendría que conmoverlas.

Los enanos se ajustaron las gafas oscuras con un movimiento plural, mimético, y casi simultáneo.

—La obra irá para arriba —vaticinó Vicente.

—Les voy a decir una cosa. Esta obra... no va a durar. La retirarán de cartel.

Raúl se quedó mirando, inmóvil como un muñeco, al veterano actor.

—Está bien —admitió Vicente, bajándose al piso enmoquetado de un salto. Se acercó a Diego José Gómez hasta acariciarle la piel con el aliento—. Nosotros cinco vamos a impedirlo, mejorando nuestras actuaciones como si nos fuera la vida en ello. No pensaremos en todas las horas de cada día más que en esta obra. Las funciones serán más y más realistas, más y más sentidas. La autenticidad de Rubén Poveda, del «Chucán» y el «Tuso» Amalio, y Don Charlot y el «Bichoso» cortará la respiración del público. Hará usted finalmente la mejor interpretación de toda su carrera...

Raúl se puso de un salto del otro lado del actor.

—La mejor de toda su carrera —repitió como si diera una orden.

—O lo sentirá —Pedro tosió— le aseguro que lo sentirá... —tosió—... si no hace caso.

Diego José Gómez se sentía acorralado. Se puso en pie como una reacción defensiva, para no dejarse intimidar. Pedro abandonó el sofá, uniéndose a sus compañeros, que cercaban las piernas del veterano actor. Y en seguida fue imitado por Sócrates. El anfitrión tuvo la extraña impresión de que aquellos enanos eran capaces de lanzarse a mordiscos contra sus piernas, pero se dominó. Había que imponer la lógica.

—Ya es inútil —dijo—. La obra está sentenciada. Todo el mundo lo sabe.

—Muy bien —Vicente caminó hasta el ventanal, mientras sus amigos sitiaban al protagonista—. «Desquite de enanos» podría haber sido un espectáculo muy taquillero. Pero usted, con su desdén, su desprecio, lo ha malogrado. Irremediablemente, según nos cuenta. —Se volvió para mirarle—. Se diría que le es indiferente nuestra suerte.

—Nuestra mala suerte —recalcó Raúl.

—En estos tiempos difíciles —siguió Pedro, y se tapó los labios con un pañuelo, para mitigar sus tosidos.

—Mucha miseria hemos pasado —recordó broncamente Raúl— para que un señorito artista, un viejo presumido se nos juegue el porvenir.

—Pero Raúl —le avisó cortésmente Vicente— ¿No te acuerdas que el señor va a rodar una película en Venezuela? ¡Qué le importará que «Desquite de enanos» dure una semana o un mes o un año! Mejor dicho, seguramente prefiere que dure una semana únicamente. El ya tiene conquistado al público. ¿Por qué va a colaborar a que lo conquistemos nosotros?

—Tenías razón, Vicente. Estabas acertado.

Gómez sintió náuseas cada vez más fuertes. Sufría un repentino y violentísimo dolor de estómago. Se le nublaba la vista. Se deformaban ante sus ojos las figuras de los cuatro pequeños monstruos de gafas oscuras. Que ahora sonreían con horribles muecas. No,

jetos, vestidos con trajes diminutos. Eran Pedro y el siniestro Raúl. Pedro no cesaba de toser a intervalos. Se sentaron a unos siete metros, separados por dos mesas en medio, sin advertir aparentemente la presencia de Diego José Gómez. A este casi se le indigesta ipso facto la comida. Se sentía terriblemente incómodo. Esquivaba mirar hacia la mesa de los enanos, pero el saber que estaban allí le enervaba. Estaba en tensión, bajo presión. Procuraba dirigir la vista exclusivamente al plato o a la cara de su amigo. Hablaba de lo primero que se le ocurría, de cosas que no le interesaban lo más mínimo, con una determinación forzada. Se sentía fatigado de hablar sin ton ni son, pero no podía permitirse pausas de silencio. Temía encontrarse entonces con la mirada de los enanos. Para abreviar, rechazó tomar el postre y el café que le apetecían. Pero hubo de esperar impacientemente a que su amigo tomara algo de fruta. Inmediatamente pidió y pagó la nota, víctima ya de una ansiedad insoportable. Intentó salir disimuladamente, evasivamente, interponiendo a su acompañante entre él y la fatídica mesa. Pero, al llegar bajo el arco, escuchó la cordial voz de Pedro, que le saludaba por su nombre. Y Raúl le estaba dedicando una mirada y una sonrisa, que se le antojaron grotescas, impertinentes, insultantes. Raúl le parecía una de esas máscaras baratas de cartulina, que se sujetan por detrás con una goma elástica. Pero su impaciencia por perderles de vista no le impidió devolver precipitadamente el saludo, sonriendo a su vez con hipocresía, con autodisciplina. Seguido por su amigo a duras penas, el actor salió al aire libre a grandes zancadas. Le perseguía la visión de la cara cuadrada de Raúl.

—Son de tu función, ¿verdad?

—¿Cómo? —Diego José estaba ensimismado.

—Los dos enanos del restaurante... trabajan contigo, ¿no es cierto?

—Sí, sí, son ellos... —contestó su voz débil y angustiada.

Era necesario apartarse de allí cuanto antes. Debía

alejarse de aquella zona. Sentía que empezaba a estar en juego su propia cordura.

Ya a solas, detuvo el auto para cargar revistas en un kiosko de la plaza Machangara. A Gómez le gustaba descansar un par de horas en la cama, hojeando revistas, antes de las funciones de tarde. Pero en aquella ocasión, fue un error seguir la costumbre. Mientras elegía los magazines, pudo ver al cuarto de ellos. Repantingado en una silla de tijera, Sócrates se estaba haciendo lustrar los diminutos zapatos por un limpiabotas. Las gafas ahumadas no permitían calcular la dirección de su mirada.

El Oldsmobile atravesó el lateral de la gran Avenida a toda la velocidad que le dejaba el tráfico. Era absurda la idea, la sospecha, de que los enanos le vigilaban. Pero eran absurdas también todas aquellas casualidades. Aunque, ¿cómo podían saber los enanos de antemano su itinerario, que Gómez había ido decidiendo sobre la marcha?

El actor salió de su Oldsmobile. Notó que tenía los mocasines salpicados de barro. Era un hombre pulcro, amante de la armonía. Apoyó un pie en el guardabarros de un coche italiano, para limpiarse los zapatos con el pañuelo. No quería cruzarse con algún vecino, llevando sucio algo de su indumentaria. La carrocería reluciente y curvada le traicionó. Hizo de espejo deformante, al inclinarse Diego con el pañuelo. Vio su cara reflejada. Achatada. La cara que le hubiera correspondido de haber nacido enano.

Estaba echado en la cama, vestido, entre las revistas desplegadas. Podía alegar una indisposición. Pero no, una indisposición pasajera no. Una enfermedad que obligara a la empresa a recurrir a un sustituto. Lo sugeriría sin pérdida de tiempo. Fingiría encontrarse mal. Tenía que abandonar «Desquite de enanos». Súbitamente, sintió un impulso absurdo pero irresistible. Saltó de la cama y registró toda la casa. Miró bajo las mesas, dentro de los armarios empotrados, en los rincones. Finalmente, bajo su misma cama. No. Afortunadamente no había nadie. Estaba solo.

Había sin embargo más público que el primer día. Desde luego, la obra era un espectáculo poco corriente, insólito.

—El año pasado llenamos en todas partes —argumentó Dacio.

—¿Acaso os he echado algo en cara? —contestó Poveda. Pero Gómez se puso nervioso. El atrezista había olvidado colocar el cortapapeles sobre la mesa de despacho. Este descuido por los detalles perjudicaba su actuación.

—Iba tanta gente a vernos como a los españoles, como a Paquirri y Manzanares.

—No digas majaderías, «Chucán» —contestó automáticamente Diego José Gómez—. No discuto que vuestras mojigangas funcionan en las plazas de tercera...

Aunque el protagonista actuase sin verdadero interés, con desgana, su repugnancia hacia los enanos hacía que prestara al personaje una convicción creciente e involuntaria, que trascendía al público. Este seguía muy interesado la representación.

Gómez estaba pensando en realidad en su sustitución. Se le hacía cuesta arriba pasar tres horas más compartiendo el escenario con los enanos.

—¡Yo no le he quitado la chamaca a ningún enano, cuidado! —gritó Poveda, furioso—. Fue ella quien se vino conmigo aquella noche, porque estaba harta de...

—¿Harta de qué? Vamos, siga.

—¡Harta de meterse en la cama con un sucio enano!

Aquel cambio en los diálogos, cogió desprevenido a Vicente. No era un actor de teatro profesional. Vacilaba. Gómez acabó su whisky de golpe, con un gesto de rabia. Fue a servirse otro, lo que permitió a Vicente recortar su escena.

—Cirilo es más hombre que usted, Poveda. Poveda, usted está termináo.

Gómez le miró en el paroxismo de la indignación.

—¿Qué dices, desgraciado? ¡Ya te lo he dicho, cualquier mujer le tendría asco a ese infeliz!

—¿Y usted? —la voz de Vicente sobrepasaba en volumen a la habitual. El se sentía traicionado por las alteraciones de Gómez en los diálogos, pero ya no vacilaba. Se dejaba llevar por la intuición y el impulso. Ambos estaban representando «Desquite de enanos» con progresivo acaloramiento. Se disparaban las réplicas como flechazos. Recorrían nerviosamente la moqueta sobre el tablado como locos prisioneros en sus celdas. Una doble rebelión les hacía superarse, improvisando en el texto aprendido de memoria. Alternativamente se acorralaban, dejando al público sin aliento. Solo se oía, como una señal de mal agüero, una tos amortiguada, procedente de la derecha del escenario. La tos intermitente de Pedro. Esa tos, audible en el absoluto silencio de la sala, crispaba los nervios a Diego José Gómez.

El actor se pasó una mano por la frente, limpiándose el sudor.

El enano se colocó a dos metros. Gómez le dominaba desde su estatura.

—¡Conteste!

—¡Sí! ¡Me dáis asco Don Charlot y el «Tuso» Amalio y «el Bichoso» y tú, y todos los enanos del mundo, canalla! ¡Pequeño canalla! ¿Lo queréis más claro?

Imprevisiblemente, Poveda se inclinó, y agarró a Vicente por el cuello de la camisa.

—¡Cuanto más lejos os tengo, mejor me siento! —gritó Gómez—. ¡Me repeléis! Trabajo en esto porque es mi oficio, pero me espantáis. ¡No comprendo a vuestro público! ¡Dáis un repugnante espectáculo! ¡Así os muráis de hambre, no volváis a contar conmigo!

Gómez temblaba, sofocado, congestionada la cara, entre desafiante y repentinamente indeciso, quizás avergonzado. Vicente había quedado paralizado. Súbitamente sacó el cortapapeles de un bolsillo, mientras su otra mano dejaba caer la copa de pisco al suelo enmoquetado.

—¡Repita eso!

Gómez sintió un hilo de sudor frío correrle por el espinazo. Soltó a Vicente y dio un paso atrás, aterrorizado.

Vicente se volvió, sorteando el mueble-bar con paso nervioso, y abrió de golpe la puerta lateral. Los rostros de Pedro y Sócrates asomaron por la abertura.

—Este canalla nos desprecia. Pasad, pasad.

Los tres enanos avanzaron hacia Diego José Gómez que, a pesar de sus posibles recursos, paralizado, no sabía si huir del escenario o pedir auxilio a los empleados del teatro, a los espectadores.

—¡Pero nunca jamás volverá a despreciarnos!

Los enanos atraparon a Gómez por las piernas. El actor cayó a la moqueta, entre los golpes de aquella jauría. Los manotazos y patadas apenas dejaban ver cómo el estilete de Vicente caía una y otra vez sobre su pecho.

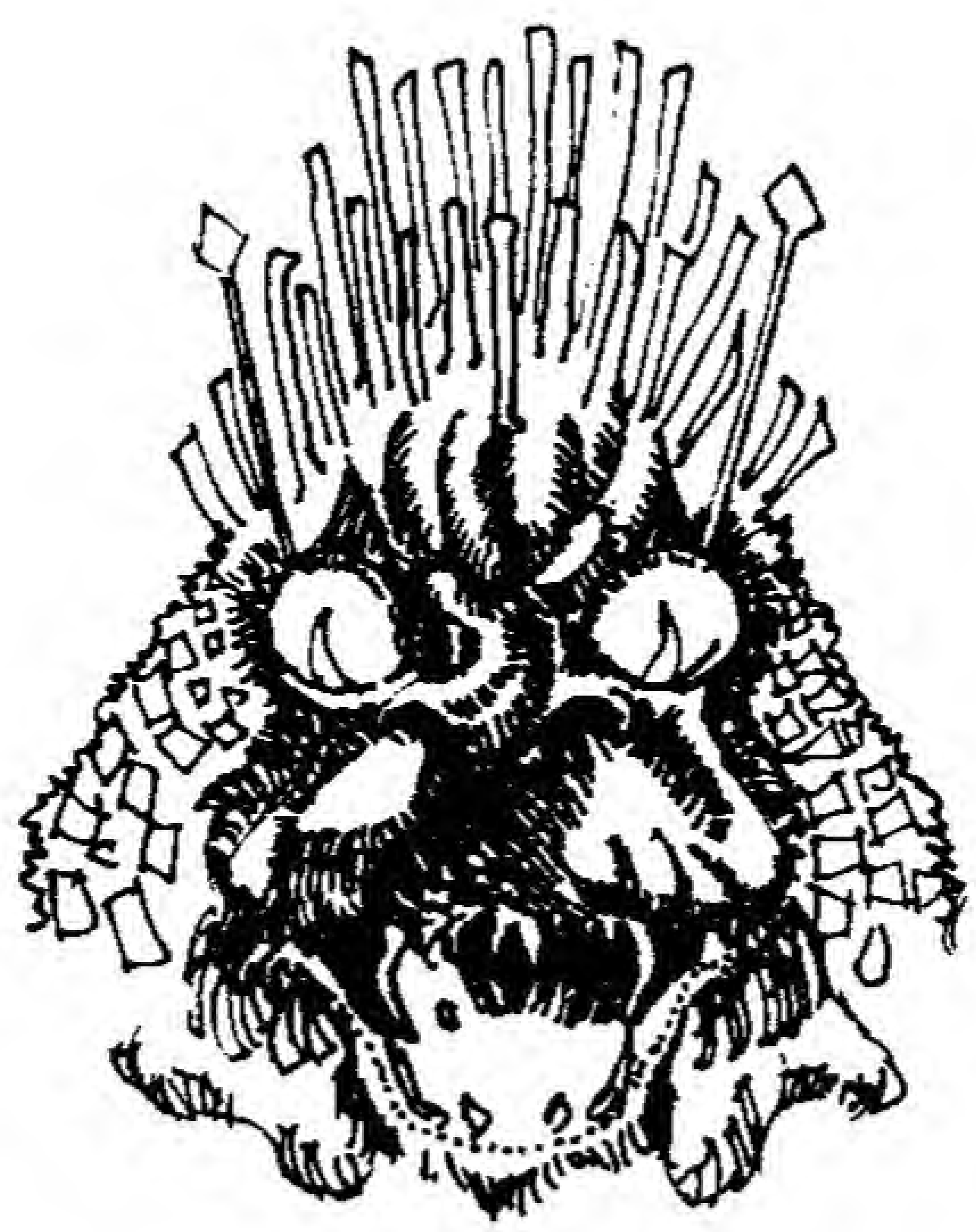
Cayó el telón. Los aplausos del público fueron espontáneamente cerrados, ensordecedores. Los enanos seguían mordiendo, golpeando y apuñalando al actor. En la consciencia de este estalló un resplandor, un recuerdo.

Vicente tenía que decir en aquella escena «Nos estuvo despreciando durante todos estos años», refiriéndose a Poveda. Pero siempre había dicho «Nos estuvo despreciando durante todos estos días», refiriéndose inconscientemente a él, a Gómez.

El encargado del telón, distraído, lo levantó al oír las estruendosas ovaciones.

Los enanos abandonaron su presa, dándola de espaldas, y se alinearon para saludar al público. Gómez, encogido en su charco de sangre, oculto por la oscuridad, no se sumaba a ellos. ¿Quizá por orgullo? —se preguntaba parte del público—. ¿Se estaba haciendo de rogar?

Una y otra vez bajaba y subía el telón. Las caras de los enanos reflejaban una total felicidad, ebrios de éxito y aplausos. Aunque aún podía oír, insatisfecho, el clamor de las grandes ovaciones que le premiaban su tour de force, Diego José Gómez, maldijo escupiendo sangre entre los labios. Sin embargo, ahora sí podría descansar en paz.





El vampiro del abuelo



El vampiro del abuelo

Daniel Tubau
Sobre una idea de Roger M. Thomas

«Cuando en las leyes inmutables del universo cotidiano se produce una fisura minúscula, vacilan las certidumbres y se instala el espanto.»

Roger Caillois

HACE dos semanas murió mi abuelo paterno. Siendo yo su único familiar con vida, heredé su mansión, que era cuanto poseía al morir, y allí me establecí momentáneamente. Me encontraba en soledad como lo había estado él en sus diez últimos años de vida. Ni un solo criado atendía la gran mansión, que presentaba un aspecto de total abandono; las puertas chirriaban, las tablas del piso crujían al caminar sobre ellas y las lámparas del techo apenas proporcionaban una luz mortecina que confería a la casa el aspecto de un tumoso lienzo. Sin embargo, la habitación que había pertenecido a mi abuelo permanecía en buen estado por lo que me asenté en ella ante la incertidumbre de si, con algunas reformas, aquella casa podría ser mi hogar. Al ocupar la que había sido su mansión, se estableció una íntima relación entre su vida y la mía, relación que nunca existió antes, pues él siempre huyó (no sé la razón, aunque tras mi descubrimiento la intuyo) de todo contacto con mi persona. Mi abuela murió en el parto de mi padre, apenas un año después de contraer matrimonio, y mi propio padre fue alcanzado por la muerte cuando

apenas contaba yo ocho años. La vida de mi abuelo, marcada por la desgracia y el infortunio, se asemejaba de tal manera a la mía que sin quererlo, me sentí recluido en los muros de su mansión como él se debió sentir hasta su muerte.

Todos los días visitaba su tumba, tal vez buscando en este gesto un contacto más estrecho con él. Y fue al tercer día cuando hallé la tierra de la tumba removida. Siendo yo el único habitante del lugar, atribuí el suceso a la gran tormenta de la noche anterior. Sin embargo, una idea indeterminada bullía en mi cerebro sin concretarse. Presentía que aquel, en apariencia nimio detalle, me había de revelar la respuesta al infortunio que se abatió constantemente sobre mi abuelo; intenté no dar mayor importancia a estos pensamientos y, tras recomponer el lecho mortuorio, abandoné el cementerio. Mi sorpresa y consternación fueron grandes cuando a la mañana siguiente la tumba apareció de nuevo revuelta. La única respuesta satisfactoria a mis cábalas fue que había sido saqueada. Pero, ¿quién podía haberse desplazado hasta aquel lugar tan alejado de cualquier urbe para violentar la tumba de alguien que nunca tuvo nada? Con el fin de sosegar mi ánimo, decidí cerciorarme y desenterré el féretro. Cuando lo abrí comprobé que mis conclusiones eran erróneas, el cadáver aparecía incólume, incluso demasiado bien conservado...

Como me precio de ser buen médico, efectué las operaciones de rigor, temiendo que mi abuelo hubiese sido enterrado en vida. No podía evitar que la palabra catalepsia inundara mi mente. Pero el pulso inexistente del cadáver me trasmitió la certeza de que mi abuelo estaba muerto, completamente muerto. Ya aliviado, cerré la tumba y regresé a la casa dispuesto a olvidar aquel asunto.

En ocasiones, la mente humana se ve tentada de realizar actos sin aparente sentido buscando desentrañar un misterio cuyo carácter desconoce; así me encontraba yo cuando aquella misma noche regresé al cementerio.

Encontré la tierra removida y el sepulcro abierto, pero había algo más: ¡el cadáver había desaparecido, no estaba en el féretro! Palidecí de horror y huí precipitadamente de aquel lugar. La noche caía pesadamente sobre mí embotando mis frenéticos pasos y mis torturantes pensamientos. Sentía una presencia extraña acechándome tras cada árbol, tras las columnas del camino, junto al estanque... Me refugié en la mansión y comencé a buscar por todas las habitaciones. Realmente ni yo mismo sabía que era lo que esperaba encontrar, pero presentía que en algún lugar debía hallarse la respuesta a los extraños sucesos de los que había sido testigo. En la biblioteca, entre sus libros, encontré varios papeles fuertemente lacrados; en ellos pude leer una increíble historia cuyo conocimiento público habría desprestigiado claramente a mi abuelo y a todos sus familiares por lo que decidió mantenerlos en secreto como él mismo señalaba en una carta introductora. La narración fue escrita apenas dos meses más tarde de su regreso a Inglaterra, cuando la desgracia aún no se había cebado en él. He aquí el contenido de aquellos papeles:

«Al morir mi padre y siendo yo el primogénito, me convertí en el depositario de todos sus bienes testamentarios. Aunque durante los últimos años la economía familiar no se hallaba muy boyante, bajo mi tutela quedaron tres casas; una en el sur de Inglaterra, otra en Londres y la tercera en el oeste de Alemania. Alquilé la primera y me quedé con las dos restantes, localizando en Londres mi vivienda habitual y en Alemania la de descanso.

»En el invierno de 18..., me desplacé a Alemania con la intención de olvidarme de los problemas de la urbe londinense, de las prisas y del agobio a que nos someten las grandes ciudades. Mi casa de descanso se hallaba en Schomenland, cerca del Dnieper, rodeada de pantanos, pequeños montes y bosques inmensos preludio de la Selva Negra. A apenas dos kilómetros de donde yo vivía, se encontraba otra casa de similares características a la mía con cuyo propietario trabé

conocimiento que pronto se convirtió en amistad. Era de origen húngaro; de baja estatura, piernas cortas pero robustas, manos carnosas, cabello negro y ojos penetrantes y agudos capaces de distinguir una pieza de caza a gran distancia. Con él, pasaba tardes enteras recorriendo los bosques en busca de zorros y jabalíes. Y aunque normalmente no cazábamos mucho, el día resultaba pleno de satisfacciones.

»Al principio, cazábamos solos, pero con el tiempo incorporamos a nuestras expediciones un mastín que nos recogía las piezas, pues, dada la frondosidad del bosque, en ocasiones resultaba difícil hallarlas. Era un magnífico perro cazador, de penetrante olfato y fuertes patas que le permitían correr con gran velocidad en pos de las piezas. Aunque era de mi propiedad, podía decirse que tenía dos amos, pues obedecía con la misma docilidad las órdenes que recibía de Antón, mi compañero de caza.

»Con el tiempo y debido a mi compromiso con una bella muchacha que me fue presentada en Londres, mis retiradas a la casa del bosque se hicieron menos frecuentes y al contraer matrimonio casi olvidé la casa del oeste de Alemania y durante meses dejé de visitarla. Pedí a Antón que se ocupase de mi perro y me dispuse a desarrollar una vida matrimonial como lo haría cualquier esposo. De tanto en tanto, en el verano, volvía a mi casa de Alemania y junto a Antón revivía durante algunos días nuestras viejas jornadas de caza.

»Sin embargo, al enfermar la madre de mi esposa, ésta tuvo que viajar para atenderla. Viéndome solo y sin compromisos maritales, decidí pasar unos días en Alemania disfrutando de la caza y de la compañía de Antón y de mi perro.

»Acababa el otoño cuando llegué a la casa. Tras cambiar mis ropas y vistiendo de modo más acorde con la naturaleza, marché en busca de mi amigo deleitándome por anticipado de la caza que nos esperaba. Las aves habían emigrado con la llegada del frío, pero sin duda aún quedaban jabalíes, zorros y cone-

jos aguardando ser alcanzados por nuestras escopetas. Sin embargo, encontré a Antón de poco humor. Me confesó que la caza era escasa y que habían sucedido cosas muy extrañas desde mi última visita. Había encontrado animales completamente desangrados y sin herida alguna a excepción de...

»No le dejé continuar, pues a medida que hablaba aumentaba su nerviosismo de modo alarmante. 'Calla —le dije—, vamos al bosque, pronto olvidarás todo eso'. Me respondió con una mueca de disgusto y creí que rechazaría mi oferta, pero al ver como tomaba sus aperos y cargaba su rifle, supe que estaba dispuesto a acompañarme. 'Te lo demostraré' —musitó mientras nos dirigíamos al bosque.

»Pronto comprobé la veracidad de las afirmaciones de mi amigo. El bosque parecía desierto. Nosotros avanzábamos bajo un silencio amenazante. Hasta el perro caminaba con el rabo entre las patas, atento al menor ruido. De súbito se tendió junto a unos arbustos y empezó a gemir negándose a avanzar. Olfateaba algo que sin duda le aterraba.

—»¡Mira! —dijo Antón apartando unas ramas y dejando al descubierto el cadáver de un conejo—. Te lo dije, te lo dije —repitió frenético.

—»Serénate, Antón, es sólo un conejo muerto. No es la primera vez que vemos uno —respondí sorprendido ante la insospechada actitud de mi compañero. El no me hizo caso y, sacando su machete lo hundió en el cuerpo del animal.

—»¡Antón! —grité creyendo que estaba loco, pero él sin prestarme atención, cortó la cabeza del conejo, lo que me convenció de su demencia.

—»¡Mira! ¡No hay ni una gota de sangre y, aparte del corte que yo mismo le he hecho, no tiene herida alguna!

»Era cierto. Intenté en vano hallar una explicación satisfactoria pero me fue imposible. Por fin, le miré inquisitivo y esperé su respuesta.

—»Nosferatu —musitó—. Ha sido él, un muerto viviente...

—»¿Qué?

—»¡Vampiros, han sido los vampiros!

—»¡Cómo puedes decir eso! —farfullé—. No puedo concebir que des crédito a tales patrañas. Los vampiros, nosferatus o como los quieras llamar, no existen, son seres creados por la imaginación de mentes supersticiosas...

—»Dime entonces que significa esto —contestó a la vez que me enseñaba dos pequeños orificios en el cuello del conejo, bajo la mandíbula—. Es la marca del vampiro —continuó—, es la huella que han dejado sus afilados dientes.

»No creí ni una palabra y continué avanzando por el bosque. Antón me pidió que le escuchara, que no siguiese mi camino, pero viendo que no le hacía caso, se vio obligado a seguirme. En un momento determinado, el perro comenzó a ladrar y corrió hacia una cueva cercana.

—»¡Una presa! —grité corriendo tras el perro y al verlo detenerse junto a la entrada, añadí—: Al parecer de gran tamaño.

»Entré en la gruta sin atender a las súplicas de Antón y los quejidos del perro y busqué la presa. La cueva era húmeda y su techo estaba cubierto de murciélagos, por lo que resultaba difícil que sirviera de guarida a algún animal. Uno de los murciélagos despegó sus alas y se lanzó con furia hacia mí. Sorprendido por esta acción, nunca antes observada en estos pequeños quirópteros, y no pudiendo desprenderme de él, salí de aquel lugar y me reuní con Antón.

—»Era él —musitó mi amigo—. Ese es su cubil. Debemos matarle... Más está oscureciendo y debes curar esos rasguños. Hemos de huir antes de que sea noche cerrada. ¡Corre!

»No sé la razón, pero obedecí y corrí tras mi amigo con desesperación. Una vez a salvo (¿a salvo?), me di cuenta de lo estúpido de nuestro gesto, pero no dije nada; me despedí de Antón prometiéndole que iría a su casa al día siguiente y, seguido del perro,

me encaminé a la mía. Una lluvia torrencial me azotó durante el regreso a casa.

»Por fin, tendido junto a la chimenea, con un libro en una mano y un cigarro en la otra, me olvidé por completo de lo ocurrido.

»Apenas dos horas después, sonó el timbre; me levanté renegando de Antón —pues creía que era el quien llamaba— y abrí la puerta con ímpetu. Ante mí apareció una mujer alta y de extraordinaria y nada común belleza. Sus ojos me miraron penetrantes y sus labios, muy rojos a pesar de no estar pintados, dibujaron una sonrisa.

—»Perdone —dije—. Creí que era otra persona.

»Ella, sin prestar la más mínima atención a mis palabras, me explicó que se había extraviado, por lo que me rogaba le indicara el modo de llegar al pueblo más cercano.

»La invité a pasar y propuse que secara sus ropas. Se despojó de la capa y pude observar al sostenerla en mis manos que, a pesar de la intensa lluvia, apenas estaba húmeda. Cuando la vi sin aquella prenda sentí que una ola de deseo me invadía. Su cuerpo aparecía nítidamente dibujado ante mis ojos, sus largos dedos recorrieron lentamente la suave piel deteniéndose casi descuidadamente en el busto para, a continuación, descender por la curva de su terso vientre. Su piel, ligeramente pálida, atraía mi atención de modo subyugante. Ella sonrió y fijó sus ojos en los míos. Sentía deseos de abrazarla, de besar aquellos labios rojos, casi sangrantes; mas entonces recordé a mi esposa y me sentí repentinamente culpable. En aquel preciso momento, el perro, que había entrado en el salón, gimió lastimosamente. Su insospechada acción me devolvió inmediatamente a la realidad. No me explicaba el comportamiento de mi perro, pues no cabía duda de que los gemidos iban dirigidos a la muchacha. Me arrodillé junto a él y lo acaricié complaciente.

—»No me explico su comportamiento, nunca antes había hecho algo así —argüí azorado. Pero, al mi-

rar a mi interlocutora, la sangre se me heló en las venas y me fue imposible continuar hablando. El rostro de la mujer reflejaba un odio insostenible, los labios aparecían contraídos en una horrible mueca y sus ojos, fijos en el perro, lanzaban destellos violáceos que parecían surgidos del mismo infierno. Al darse cuenta de mi consternación y asombro, recobró el control y respondió fríamente:

—»No se preocupe. Ahora, si es tan amable de indicarme como llegar al pueblo...

»Propuse enganchar mi carro y acompañarla personalmente, pero ella rechazó mi oferta. He de confesar que no insistí, pues la perspectiva de empaparme bajo aquella lluvia torrencial no me hacía ninguna gracia. Recogí su capa y, al volverme para dársela, comprobé asombrado que ya no estaba allí, que había desaparecido. Me acerqué a la puerta y la busqué con la mirada. Al no verla pensé que estaba loca para atreverse a caminar, tal como iba, bajo aquella lluvia. Cerré la puerta y me retiré a descansar.

»A la mañana siguiente me acerqué a casa de Antón. Durante el camino rememoré la noche anterior. De aquella mujer tan sólo recordaba que era de rasgos afilados y belleza poco natural; pero, lo más nítido que aparecía en mi cerebro era la extraña actitud de mi perro ante su presencia. Curiosamente, el recuerdo de la muchacha se asociaba en mi mente con una ligera sensación de repugnancia.

»Encontré a Antón mucho más relajado. Tomamos un refrigerio y como comenzara a hacer frío, nos refugiamos en el interior. Allí, junto a la chimenea, fumando y bebiendo sin apenas entusiasmo, no pude evitar contar a mi amigo la extraña visita que había recibido la noche anterior. Narré lo sucedido jocosamente, sin darle la menor importancia, pero él, después de guardar un largo silencio, musitó:

—»Vampiro... Vampiro...

»Viendo que reincidía en su actitud del día anterior, no pude menos que interpelarle duramente.

—»¡Antón! ¡No empieces otra vez! ¡Bastante me asustaste ayer con tus supersticiones!

—»Querido Geoffrey —respondió—. Has sido visitado por un vampiro. Esa muchacha no estaba viva, pero tampoco estaba muerta. Tú la invitaste a pasar, ahora no te dejará nunca.

—»No puedo creer lo que dices. Pensaba que eras una persona sensata, Antón.

—»Dime entonces —arguyó sin responder a mi acusación—, como explicas la actitud del perro. Además, tú mismo has reconocido que no recuerdas los rasgos de la muchacha y que te causa repugnancia pensar en ella.

—»Desde luego —contesté—. Pero no creo que eso sean razones para creer que se trata de un vampiro.

»Finalmente, di por zanjada la discusión y me despedí de Antón. Ya en el umbral, me prometió que iría a visitarme a la mañana siguiente, poniendo a la vez un crucifijo en mi mano.

—»Sabes que los protestantes no creemos en la cruz ni en los símbolos cristianos... —protesté.

—»Da igual, llévatela, la puedes necesitar. Por la mañana me reuniré contigo.

»Cuando llegué a mi casa ya era de noche. Con sorpresa comprobé cómo mi perro se detenía en el porche negándose a avanzar.

—»Buenas noches, Geoffrey Burns —dijo una voz femenina a mis espaldas en el momento en que trasponía la puerta.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirí cuando al darme la vuelta me encontré con la mujer que me visitara la noche anterior.

—»Usted me invitó una vez. Es suficiente.

—»¿Qué..., qué quiere de mí? —pregunté cada vez más nervioso—. ¿Cómo ha entrado?

—»Puedo adoptar muchas formas —sonrió—. Tú también podrás hacerlo cuando te unas a mí.

»Se acercó y sentí mi cuerpo sudar ante su proximidad. Puso dos frías manos en mis hombros y co-

menzó a acercar su boca a la mía. No recuerdo bien lo que sucedió en aquellos instantes, pero un agudo pinchazo en mi cuello me hizo recordar la cruz que me diera Antón. La alcé frente a la muchacha y retrocedió con una mueca de asco reflejada en sus labios y susurró:

—»Tú me has rechazado, pero volveré a buscarte y entonces tu agonía será terrible. No has querido entrar en el reino de la dicha y la oscuridad y tu resistencia te hara sufrir más de lo que cualquier mortal pueda soportar. Tras decir esto, desapareció tan misteriosamente como había venido.

»La llegada de Antón al día siguiente interrumpió oportunamente una desagradable pesadilla en que me hallaba sumido.

—»¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Acaso sucedió algo anoche?

»Le conté, sin entrar en detalles, lo ocurrido. Me miró preocupado durante unos instantes y después le invadió un estado de febril excitación. Me solicitó le proporcionara gran cantidad de ajos y, cuando los tuvo en su poder, comenzó a restregarlos por toda la casa. Yo contemplaba anonadado tan desagradable tarea. No comprendía sus intenciones y, cuando me explicó su plan, quedé todavía más confuso.

—»Esta noche volverá, estoy seguro. La esperaras en tu habitación, evitando ser vencido por el sueño. Yo aguardaré tu llamada escondido en el cuarto contiguo. Nada has de temer.

»No comprendí que es lo que había de atemorizarme pero, al anochecer, seguí sus instrucciones. Me metí en la cama y esperé vigilante la llegada del hipotético vampiro. Aunque hubiese intentado dormir me habría resultado imposible, pues toda la habitación olía horriblemente a ajo. Por suerte, Antón se había cuidado de dejar las ventanas abiertas de par en par. Antes de retirarse al cuarto contiguo, Antón, sin duda para mantenerme despierto, me habló largo y tendido acerca de los vampiros. Me contó que, al morir, sus víctimas se convierten en vampiros como

ellos, y que sólo se les puede matar clavándoles una estaca en el corazón. Estaba pensando en todo esto cuando sentí que algo rozaba mi cuello. Me incorporé y llamé a mi amigo. Antón entró en la habitación portando dos cruces y cerró la ventana. Entonces pude ver a un murciélago de gran tamaño revoloteando por la estancia en busca de un lugar por el que escapar. Si aquello era un vampiro y eran ciertas las leyendas, no había sitio alguno por el que pudiera huir. No había resquicio que no se hallase cubierto por los ajos. El murciélago, perseguido por mi compañero, se convirtió en una mariposa de color violáceo e intentó introducirse por la cerradura de la puerta.

»No sé exactamente que ocurrió a continuación, pero cuando todo terminó, Antón me enseñó triunfalmente una mariposa de tonos violetas atravesada con una afilada cerilla por la parte que en un ser humano correspondería al corazón. Quemamos aquella mariposa y dos días más tarde regresé a mi casa de Londres. Pronto olvidé toda la historia del vampiro junto a la agradable compañía de mi esposa. Antón nunca me recordó lo sucedido y yo por mi parte no le mencioné que aquel murciélago me había arañado en el cuello antes de que él interviniera, pues conociendo el carácter de mi amigo consideré mejor no preocuparle».

* * *

Aquí termina el manuscrito de mi difunto abuelo. Mi raciocinio me impide creer en tales supersticiones, pero... ¿cómo explicar el estado en que encontré la tumba de mi abuelo, la perfecta conservación de su cadáver, su posterior desaparición y esta repentina debilidad que experimento desde hace dos noches?

El contacto





El contacto

Pedro Montero

La respuesta a su llamada de corazón solitario tuvo una inmediata y exquisita respuesta... Tan sutil que ahora se encontraba sumergido en una realidad mucho más asombrosa de lo que hubiese sido capaz de imaginar.

HOMBRE de 35 años, culto, agradable, ayudaría económicamente a señora o señorita de 20 a 30 años, liberada, buena presencia, nivel cultural normal, afectiva. Cuento con piso propio para amistad íntima. Enviar foto que devolveré. Discreción y seriedad garantizadas. Abstenerse profesionales. (R. 423-7)».

Entre las cuatro o cinco cartas que recibió tras la inserción del anuncio en las páginas de contactos, hubo una que le llamó especialmente la atención, aún antes de abrirla, debido a la singular belleza de la letra con la que la todavía misteriosa comunicante había escrito en el sobre la dirección de la revista y la referencia de su cupón-amistad.

Al abrirla, un papelito cayó al suelo girando vertiginosamente sobre sí mismo: dentro no había ningún tipo de misiva ni otra clase de respuesta.

Recogiendo el papel color rosa, que resultó ser una entrada para cierto teatro, abrió el periódico por la página correspondiente a la cartelera de espectáculos y se enteró de que la localidad permitía el acceso, aquella misma tarde, a un coliseo dedicado a sala de conciertos. Seguramente —pensó— ella se habría re-

servado el asiento vecino, haciendo gala así de una exquisita sensibilidad y de una gran finura a la hora de concertar citas de carácter sentimental.

Deseoso de gozar de una cierta ventaja, se presentó en el teatro media hora antes de que se abrieran las puertas al público, y una vez que los porteros franquearon la entrada a los asistentes, fue de los primeros en traspasar el acceso al coliseo, viéndose sorprendido de ser conducido por la acomodadora a un palco.

Así pues, debería compartir con cuatro desconocidos más la primera cita con su comunicante, ya que seis era el número total de personas que admitía cada uno de aquellos pequeños recintos.

Rodeando el corredor, se situó precisamente enfrente de su localidad, y entreabriendo la puerta de uno de los palcos, esperó la llegada de su desconocida y romántica corresponsal.

Casi inmediatamente, pudo ver que un joven con aspecto de melómano ocupaba uno de los asientos y se dedicaba con interés a la lectura de las informaciones proporcionadas por el programa de mano. Minutos más tarde, una dama bien entrada en la cincuentena y de elegante aspecto se sentaba también en el palco.

Cuando tan sólo faltaban cinco minutos para el comienzo de la función otras dos personas se sumaron a los ya instalados. Primero entró un hombre de unos cuarenta años, pulcramente vestido de azul marino, y después de dar las buenas tardes a los demás, por lo que Lucas pudo colegir estudiando sus gestos, ocupó su localidad. Casi inmediatamente, entró una muchacha muy joven, de unos dieciséis años, que se sentó en el borde de su butaca y se enfrascó en la lectura de un libro.

Así pues, sólo faltaba ella, se dijo Lucas, y casi al punto, sonaron los timbres convocando al público asistente a ocupar sus localidades.

Dudó un momento y después caminó lentamente por el corredor camino del palco preguntándose si

debía o no acomodarse antes de que su corresponsal llegase. ¿Y si ella, situada en otro punto del teatro, tampoco se decidía a hacerlo a la espera, igual que él, de contemplar impunemente su aspecto personal?

Temeroso de que la hasta entonces misteriosa dama permaneciera en el incógnito, y de que la cita tomara caracteres de estrambótica reunión a distancia si ambos continuaban aquel absurdo juego, Lucas se dirigió resueltamente hacia el palco y entró en él al tiempo que sonaban los primeros acordes de la Sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak. Los ojos de todos sus compañeros de localidad se clavaron en él y sus labios se dispusieron para el gesto de chistar si acaso, como era previsible, Lucas producía algún ruido discordante. Pero éste, sorteando los pies de sus vecinos, llegó silenciosamente hasta su asiento, y apenas se había acomodado, sufrió un fuerte estremecimiento debido al repentino aumento del volumen de la música: los graves y enérgicos acordes de los instrumentos de cuerda unidos al súbito fragor de los timbales le cogieron desprevenido.

La situación de su localidad, precisamente junto a la baranda del palco, le dejaba expuesto a las miradas del teatro, suponiendo que alguien de los allí reunidos no estuviera interesado en la interpretación de la orquesta, y al mismo tiempo le impedía observar a sus compañeros de palco, cuyas miradas, lo mismo que continuadas saetas, sentía pasar junto a sus oídos camino del escenario, donde el director conjugaba con ademanes electrizantes y gestos magnéticos la actividad de los músicos.

Durante todo el primer movimiento de la sinfonía, los ojos de Lucas recorrieron el coliseo. Escudriñó primero, actuando con suma discreción, los rostros de los ocupantes de los palcos vecinos y fronteros. Después su vista fue recorriendo las cabezas de los espectadores acomodados en la platea, pero ninguna cabellera femenina aparecía orientada en otra dirección que no fuera la del escenario. Luego fue poco a poco levantando la vista hacia los pisos superiores:

una muchacha acodada en la barandilla del anfiteatro le miró distraídamente y volvió a concentrarse en la escena.

El *largo* transcurrió sin que la misteriosa dama apareciera o diera señas de encontrarse en otra parte del teatro, y Lucas se sintió invadido por una honda melancolía al imaginar que, probablemente, ella le había observado a sus anchas desde algún lugar del coliseo antes de que diera comienzo el concierto y, no habiéndole encontrado de su gusto, había preferido hacer mutis por el foro.

Durante el *scherzo,* en el tercer movimiento, le pareció que, desde la platea, una muchacha le miraba insistentemente, pero debió de tratarse de una casualidad, porque la joven en cuestión se encontraba acompañada por alguien que quizá fuera su novio, y que, de vez en cuando, le hacía comentarios al oído.

Por fin, concluyendo ya la interpretación de la sinfonía, cuando el *allegro con fuoco* electrizaba a todos los asistentes, cuyas orejas, lo mismo que imaginarias antenas, se orientaban resueltamente hacia el conjunto de la orquesta, Lucas, fingiendo un súbito picor en el cuello, volvió la cabeza hacia sus compañeros de palco para comprobar que sus cuerpos se encontraban junto a él, pero sus almas se habían congregado junto al escenario, y allí permanecieron hasta que una estruendosa salva de aplausos coronó la labor de los intérpretes y del director.

Durante el breve intervalo de descanso, la mayor parte del público abandonó momentáneamente la sala, y Lucas fue el único de sus compañeros de palco que permaneció en él escrutando la sala con sus ojos y cruzándose la suya con numerosas miradas casuales o curiosas, pero no intencionadas.

En cierto momento se abrió la puerta del palco, y una figura de mujer se dibujó a contraluz. El corazón de Lucas se alteró y se aceleró el ritmo de sus latidos, pero cuando ella se acercó, sosteniendo algo blanco en su mano, y la luz de la sala iluminó su rostro, pudo comprobar que se trataba de la acomodadora, que ten-

diéndole un sobre le dijo al mismo tiempo que los timbres convocaban de nuevo a los espectadores:

—Es para usted, señor.

—¿Quién...? —preguntó Lucas confuso.

—Lo han encontrado en el bar, y un camarero me ha pedido que se lo trajera.

Lucas agradeció con una propina el gesto de la empleada y examinó lo escrito en aquel sobre. La misteriosa persona, que a no dudar era la misma comunicante que le había citado en el teatro, había hecho llegar la carta hasta él por el sencillo sistema de escribir con hermosa caligrafía: «Para el ocupante del asiento número tres del palco doce», y a fin de que no cupiera duda acerca de la identidad del remitente, había añadido debajo: «R. 423-7».

Se disponía ya a rasgar el sobre cuando, coincidiendo con una gran ovación con la cual los asistentes rendían homenaje al director y a los demás intérpretes, fueron entrando sus compañeros de palco.

Ligeramente sobresaltado por la súbita salva de aplausos, la carta cayó de las manos de Lucas y fue a parar al suelo, donde la sujetó inconscientemente, o quizás trató de ocultarla, colocando un pie encima de ella. Acto seguido, se unió a los aplausos generales al tiempo que escrutaba los rostros de sus acompañantes en el pequeño recinto, quienes sonreían entre sí, y le sonreían a él, complacidos sin duda de la forma en que el maestro había conducido la orquesta.

El joven melómano, presumiendo sin duda que nadie había de ocupar ya la localidad vacía, abandonando la suya fue a acomodarse en el asiento próximo al de Lucas solicitando su aquiescencia con una leve sonrisa de satisfacción, puesto que desde allí la visión de la orquesta era perfecta.

Apenas ésta atacó los primeros compases de la obra que constituía la segunda parte del programa, Lucas, dejando caer el suyo al suelo, cual si de un delicado pañuelo de encaje se tratara, lo recogió al mismo tiempo que la carta, sin preguntarse el porqué de aquella furtiva maniobra.

Comenzó a rasgar el sobre, pero los inicios de aquel poema sinfónico eran de una naturaleza tan leve que, el ruido producido por la rotura del papel hizo que las miradas de todos sus vecinos se clavaran en él con reproche. Decidido a pesar de todo a conocer el contenido de la misiva, Lucas, muy poquito a poco, igual que un ratón que roe las páginas de un libro con paciencia infinita, fue rasgando el papel hasta que pudo extraer del sobre una octavilla.

Retirando los ojos de la escena con mucha lentitud, fue bajando la vista hasta que la bella caligrafía que ya conocía apareció ante él, y aprestándose a interpretar el texto del mensaje, leyó lo siguiente: «No has buscado con suficiente fe. Te estoy viendo ahora mismo, y durante todos los momentos en que me ha sido posible he estado observándote. Cuando me levante sígueme. Yo también cuento con sitio para amistad íntima, y te la daré en el acto. Te ruego, amor mío, creo que puedo ya llamarte así, que rompas esta nota y arrojes los fragmentos por alguna ventana. La discreción ha de ser la base de las relaciones que dentro de unos instantes vamos a comenzar. Aguardo tu visita impaciente».

Ante la lectura de aquella apasionada nota se sintió tan afectado que durante unos momentos le zumbaron los oídos impidiéndole seguir el curso de la sinfonía a la que todo el teatro prestaba atención. Todo el teatro excepto quizá, con él, otra persona.

Pero al cabo de unos instantes, la satisfacción de haber hallado tan fácilmente un nuevo contacto, y la autocomplacencia por ver confirmada su condición de amante al que ninguna se resiste, dejaron paso a una cierta inquietud: la mujer en cuestión seguía gozando de la ventaja de haberle visto, pero ella continuaba sumida en el anonimato.

¿Acaso se trataría de alguna de las dos vecinas de asiento?

Volvió discretamente la cabeza y contempló a la dama cincuentona que, atenta a la ejecución de la sinfonía, le dirigió una sonrisa cortés: ella quedaba des-

cartada a causa de su edad, aunque, ¿quién sabe? —pensó—. Hay gente para todos los gustos.

Un poco más allá se encontraba la jovencita quinceañera, espiritual en su ensimismamiento melódico, pero muy atractiva, y acaso estudiante del conservatorio y perteneciente a un ambiente liberado de inhibiciones.

Se encontraba sumido en estas reflexiones cuando, de repente, el joven melómano sentado junto a él miró el reloj, se guardó el programa en un bolsillo de su chaqueta de pana y, excusándose con un gesto por las molestias, se levantó y salió del palco.

Lucas se notó extremadamente confuso ante la sospecha que cruzó como una exhalación por su mente. ¿Sería posible? ¿Cómo aquel mequetrefe...?

De pronto se dio cuenta de dos cosas, la primera de las cuales fue que sus sospechas eran ridículas. La segunda cosa que advirtió le hizo ponerse en guardia: alguien más se había levantado casi al mismo tiempo que el joven y había abandonado también la sala.

En el acto se hizo la luz en su cerebro y, como en un *puzzle* terminado, todas las piezas casaron adecuadamente: el lugar de la cita, la ausencia de la misteriosa dama, la carta entregada por la acomodadora... Durante cerca de hora y cuarto había tenido ante sus ojos, sin saberlo, a la mujer que le había convocado en el teatro y que, ahora, al no ser necesaria su presencia durante largo rato, dejaba el escenario para tomarse un respiro en su artística ocupación: era la primera violinista de la Orquesta Sinfónica, que iba a caer en sus redes amorosas.

Se levantó procurando no hacer excesivo ruido, y sorteando las piernas de los demás ocupantes del palco, salió al pasillo, y tomando una escalera cercana a la zona del escenario, descendió apresuradamente por ella cruzándose a los pocos peldaños con la acomodadora, que le saludó sonriente.

Una vez que se encontró en el pasillo al que daban los camerinos, inspeccionó los rótulos colocados sobre las puertas hasta que dio con el correspondiente a

la afamada violinista. Golpeó suavemente con los nudillos sobre el batiente, y la puerta, que se encontraba entreabierta le franqueó el paso sin dificultad.

Musitando un ridículo y rancio «con el permiso de usted» dio unos pasos hacia el interior, débilmente alumbrado con una lámpara de pantalla, pero la intérprete debía de hallarse momentáneamente fuera de la habitación, porque nadie respondió a su saludo.

Deseando causar una favorable impresión que se sumaría a la que ya había obtenido ella sin duda al contemplarle desde el escenario, se sentó en uno de los taburetes y, buscando una pose adecuada, procuró que la iluminación le diera de tal forma que disimulara en lo posible su prominente nariz, única parte de su ser de la que no se encontraba orgulloso.

Permaneció así unos minutos, hasta que se oyeron pasos en el corredor y alguien se aproximó a la entrada del camerino. Lucas recompuso su postura, pero contrariamente a lo esperado, la persona que se encontraba en el exterior no hizo intención de entrar, sino que, tomando el pomo de la puerta, la cerró violentamente y echó la llave con doble vuelta.

El se levantó en el acto, con tan mala fortuna que, golpeando con el codo la lámpara de pie, hizo que ésta perdiera el equilibrio y se estrellara contra el suelo dejándole sumido en la más completa oscuridad. Un instante después de que se apagara el estruendo producido por la caída de la lámpara, un objeto metálico fue lanzado por debajo de la puerta con gran fuerza y se estrelló contra las patas de alguna silla.

Lucas, tanteando las paredes, fue rodeando el cuarto para aproximarse a la puerta, y en su ciego caminar se apoyó contra un biombo de madera sobre el que había visto antes colgado un lujoso abrigo de pieles y lo derribó asimismo produciendo un gran estrépito. En aquel momento alguien llamó a la puerta del camerino, y una voz preguntó:

—¿Se encuentra bien, señorita Velázquez?

Lucas no se atrevió a responder, pero en sus tan-

teos golpeó el pomo de la puerta inadvertidamente.

—Quedan aproximadamente cinco minutos para que intervenga usted, señorita Velázquez. ¿Se ha quedado encerrada? —interrogó el de fuera al ver que se había movido el pomo.

El optó por mantenerse a la expectativa, y, prestando atención a los sonidos del exterior, dedujo que quien había intentando entrar se alejaba ahora pasillo adelante en busca de asesoramiento o ayuda.

En efecto, a los pocos momentos se oyeron los pasos de varias personas, y una voz diferente a la anterior preguntó:

—¿Te encuentras bien, Elvira?

—¿Se ha quedado encerrada? —repitió el que había hablado en la primera ocasión.

—Aléjate de la puerta —dijo el que la había llamado por su nombre de pila.

Lucas, suponiendo que iban a derribarla, y sin atreverse todavía a decir palabra, se fue alejando en la oscuridad. De pronto alguien dio una patada y la puerta se abrió violentamente. Varias personas se recortaron a contraluz, y una de ellas, adentrándose en el camerino, oprimió un interruptor situado a la entrada y la estancia se iluminó súbitamente.

Lucas vio a tres hombres y una mujer que permanecieron un momento inmóviles en el umbral. Uno de ellos le resultó desconocido, el otro era su compañero de palco vestido de azul marino. La mujer era la acomodadora que le había traído la carta durante el intervalo.

Las miradas de los recién llegados se dirigieron hacia determinado rincón del camerino, y después hacia Lucas, quien, volviendo la cabeza hacia el lugar que parecía haber llamado la atención de los que se encontraban en la puerta, sintió que se le erizaba el cabello: debajo del biombo que él había derribado inadvertidamente yacía el cadáver de la violinista sobre un gran charco de sangre. La mujer permanecía de bruces, y de su espalda surgían los extremos de unas gigantescas tijeras.

La acomodadora contempló el cadáver, después miró a Lucas, y por último, fijó sus ojos sobre un objeto de metal brillante que se hallaba en el suelo, junto a la pata de una de las sillas: aquel objeto era el llavín de la puerta del camerino.

De pronto, Lucas comprendió que su salvación estaba en la huida. Ninguna explicación resultaría convincente en aquellas circunstancias, y dominado por un pánico ciego, se abalanzó sobre la puerta, y apartando de un empujón a uno de los hombres que se hallaba en medio de su trayectoria, salió al pasillo y subió la escalera a zancadas. Recorrió el vestíbulo intentando aparentar normalidad y, sin más complicaciones, se encontró mezclado con el público de la calle y se sumó a los numerosos viandantes que paseaban animadamente. Sólo al cabo de cinco minutos consiguió serenarse, y entonces advirtió que había olvidado su gabardina en el camerino de la violinista asesinada.

* * *

Apenas había puesto los pies en casa, cuando sonó el timbre del teléfono. Lo descolgó con mano temblorosa y una voz de mujer al otro lado de la línea dijo:

—Todos los aficionados a la música lamentamos lo que usted ha hecho.

—¡Qué dice! —exclamó Lucas—. ¿Quién es usted?

—Ha privado al mundo de una gran concertista... —declaró su interlocutora.

—¿Quién es usted? —repitió Lucas—. Yo no he hecho nada...

—Antes de que la eximia señorita Velázquez tuviera tiempo de ejecutar la última parte del concierto, alguien la ejecutó a ella. ¿Qué le parece este titular en primera página acompañado de una fotografía de usted? —preguntó la voz.

—¡Yo no he matado a nadie! —gritó desesperado.

—Esa canción la entonan todos los asesinos ante el juez.

—¿Quién es usted? —preguntó por tercera vez.

—Qué falta de imaginación, querido Casanova —repuso la voz—. Esta es la oficina de objetos perdidos —añadió sarcástica—. Y si acaso ha olvidado algo en algún sitio, una prenda comprometedora en un lugar no menos comprometedor, le sugiero que se dé un paseo por el parque del Sur y se siente en uno de los bancos que hay en torno a la Fuente de la Paz. Sobre las cinco de la tarde es una buena hora... —y la comunicación se interrumpió.

* * *

A las cinco menos un minuto, un coche se detuvo en las cercanías del banco en que se hallaba sentado Lucas, y el conductor del vehículo, con paso lento, se fue aproximando a la fuente. Se detuvo un instante contemplando los pequeños surtidores y, a continuación tomó asiento en un banco vecino y encendió un cigarrillo.

Lucas vaciló acerca del tipo de conducta que le convenía adoptar, y finalmente se dirigió con resolución hacia el individuo recién llegado, pero antes de que tuviera tiempo de acercarse a él, el hombre se levantó y, abandonando la plazoleta, se dirigió hacia el vehículo y lo puso en marcha sin decidirse a arrancar.

Cambiando la dirección de su trayectoria, Lucas llegó a las proximidades del coche y se mantuvo a unos dos metros de distancia. Al cabo de un momento, el conductor le dirigió una sonrisa que pretendía ser insinuante y abrió la portezuela del asiento contiguo al suyo.

Otro coche llegó lentamente y, situándose a pocos metros, se detuvo, al tiempo que la mujer que lo conducía hizo sonar ligeramente el claxon.

Lucas, apartándose del primer vehículo, que arrancó en el acto, se dirigió hacia el recién llegado y

entró en él atendiendo a una invitación de quien se encontraba al volante.

—No se equivoque, Casanova —dijo la acomodadora del teatro, que era la que conducía el automóvil.

—Yo no la maté —se apresuró a manifestar Lucas, para preguntar a continuación—. ¿Dónde está mi gabardina?

—Si le parece daremos un paseo.

—¿Qué es lo que pretenden?

—Iremos por este lado. Aquella salida imagino que no le hará gracia, porque da al Palacio de Justicia —repuso la acomodadora haciendo caso omiso de las preguntas de Lucas.

Tras media hora de viaje, llegaron a uno de los barrios periféricos de carácter residencial, y el coche traspasó las puertas de un jardín, cuyas verjas se abrieron a su paso. Las ruedas del vehículo hicieron crujir la grava del sendero bordeado por grandes árboles. Al cabo de unos instantes, se detuvieron ante un chalet de líneas clásicas y, a instancias de la mujer, Lucas subió la escalinata y penetró en la casa.

Una vez en el interior, ella tomó la delantera y le condujo hasta las puertas de lo que parecía ser una biblioteca, sobre la que golpeó levemente con los nudillos, y abriéndola sin esperar respuesta, invitó a Lucas a que entrara.

Sentados en torno a una chimenea baja en agradable tertulia se encontraban varias personas. Una dama que daba la espalda a la puerta se volvió y encaminándose hacia Lucas con una copa de coñac en la mano se la ofreció con amable sonrisa.

—Pero usted... —exclamó él.

—Encantada de volverle a ver —dijo la dama que había sido su compañera de palco.

Lucas fue examinando uno a uno a los componentes de la tertulia y comprobó asombrado que, además de la acomodadora, se encontraban allí todos los ocupantes del palco número doce: el joven melómano, la muchacha y el caballero vestido de azul marino.

Este último, que ahora lucía un elegante terno color beige, se adelantó hacia él y le invitó a sentarse con un gesto.

—Tiene que excusarnos lo teatral del montaje, pero la señora Samionova es una aficionada incorregible al arte de Talía —dijo el caballero sonriendo en dirección de la dama que le había ofrecido la copa.

—Todo esto es absurdo —balbució Lucas—. Yo no la maté.

—Me cabe a mí ese dudoso honor —dijo el joven melómano—, pero como comprenderá no se me ha pasado por la imaginación poner un anuncio en los periódicos —concluyó sarcástico.

El resto de los asistentes rió la supuesta ocurrencia, y la jovencita de aspecto lánguido preguntó dirigiéndose a Lucas:

—¿No quiere sentarse, señor Quirós?

—Un encanto esta Irina, ¿no le parece? —comentó la llamada señora Samionova, y sin esperar respuesta ingirió un generoso trago de un licor transparente.

—¿Qué es lo que pretenden? —preguntó Lucas.

—Haciendo abstracción de los porqué y de los cómo —manifestó el caballero— supongo que se dará usted cuenta de la situación en que se encuentra. Ante la ley, y existen pruebas que pueden demostrarlo, usted asesinó a Elvira Velázquez. Cualquier abogado del tres al cuarto no tendría la menor dificultad en demostrar que un aficionado a los contactos amorosos de carácter incógnito se dio cita con la famosa violinista y la asesinó, al negarse seguramente ella a acceder, de forma tan impetuosa a los deseos del criminal. Por otra parte Elvira tampoco era precisamente un angel de inocencia —dijo el caballero mirando significativamente a la jovencita, que se sonrojó ligeramente.

—Me envió una carta... —intervino Lucas.

—Esa carta no existió —repuso la acomodadora—. Yo mismo vi como usted la hacía pedazos —concluyó cínica.

—Usted es la acomodadora del teatro...

—Siento decepcionarle, pero se trató de una ocupación meramente circunstancial —dijo ella—. Tan sólo le acomodé a usted y a estos caballeros. Además de entregarle la carta que nunca existió —finalizó sonriente.

—¡Oh, Dios santo...! —exclamó Lucas confuso.

—Por razones que no hacen al caso —explicó el joven melómano— la señorita Velázquez tenía que ser eliminada, y naturalmente ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de aparecer como culpable de un crimen...

—No se aflija, señor Quirós —terció la muchacha a la que habían llamado Irina—. Su designación fue meramente azarosa, pero esto le servirá de lección a la hora de jugar con los sentimientos ajenos...

—Encantadora y moralista —subrayó la señora Samionova—. Y con ese aspecto angelical...

—Le ruego que no continúe —pidió la falsa acomodadora.

—Vaya —manifestó la Samionova—. Qué pronto has encontrado sustituta. La ingenuidad hace estragos —añadió dirigiéndose a Lucas—. Usted lo sabe bien.

—¿Cuál es mi papel en toda esta farsa? —preguntó finalmente Lucas.

—Usted es el asesino, querido —repuso el caballero—. Y no un criminal corriente, sino el que, ignorante de lo que hacía, acabó con la vida de una inteligente agente doble. Sí —añadió—, de una espía rubia, como pronto podrá leer en los periódicos.

—¿Y por qué no me han entregado a la justicia en vez de traerme aquí?

—Buena pregunta —intervino Irina, y continuó diciendo con atractiva ingenuidad—. Podríamos decir que hemos decidido contratarle.

—¿Contratarme?

—Exacto —añadió la señora Samionova—. Con un salario conveniente. No nos gusta explotar al proletario. Será usted... ¿cómo diría?... Un trabajador del crimen. Eso es —concluyó satisfecha de haber hallado el término preciso.

—Puedo denunciarles...

—Naturalmente que puede hacerlo, y ahí está la gracia del juego. Nosotros no somos por completo prepotentes, señor Quirós —dijo ahora el caballero— ni tenemos todos los triunfos en nuestra mano, aunque lo procuramos. Y ese punto de azar, esa ligera inquietud de no sabernos todopoderosos, sino simples mortales embarcados en un juego que puede ser asimismo mortal, es lo que hace atractiva nuestra profesión. Si todo estuviera previsto —continuó diciendo— y no corriéramos riesgos, seríamos como simples oficinistas, y no es ese nuestro deseo.

—¿Qué tengo que ver yo en todo ésto? —inquirió Lucas malhumorado.

—Nada hasta hace unos días —repuso la falsa acomodadora—. Ahora, todo. Es como jugar a la ruleta. Se puede ser pobre un día y millonario el siguiente.

—A mí no me interesa...

—Me decepciona usted —intervino Irina aproximándose a Lucas mimosa—. Qué falta de espíritu deportivo. Yo creí que un «casanova» de sus características sería más arrojado y no tan conservador. ¿Así enamora usted a las damas? —preguntó hablando muy cerca de su rostro—. ¿O acaso tiene otros argumentos más persuasivos...? —finalizó oprimiendo su dedo índice sobre la hebilla del cinturón de Lucas.

—Me marcho —repuso éste con decisión. Y ante su asombro nadie puso el menor reparo a sus deseos, incluso la que había hecho de acomodadora se aproximó a la puerta y la abrió invitándole a salir con un gesto.

—¿No van a retenerme? —preguntó Lucas.

—Tan sólo retendremos su gabardina y la documentación que en ella llevaba. Por si acaso... —comentó Irina.

—¿Y es usted la que presume de espíritu deportivo? —se arriesgó a decir Lucas.

—Todo tiene un límite, y le prometo que antes del día quince de este mes, si las cosas marchan como preveo, le devolveremos sus prendas personales...

—Y si no marchan las pondrán en manos de la ley... Muy arriesgado —comentó—. Lo que no me han dicho es que, seguramente, y para el caso de que me decidiera a denunciarles, ustedes gozarán con toda probabilidad de inmunidad diplomática.

—Nadie podría creerle, y además, sería una locura hacerlo y exponerse a perder el cuello por un crimen que no ha cometido. Y si de veras desea saberlo —prosiguió la señora Samionova— no gozamos de esa inmunidad. Cuando el barco se hunde cada cual ha de luchar para conseguir asirse a un trozo de madera, y competir con otro, si es preciso.

—Y ahora puede marcharse —dijo el caballero de beige—. Ah, y no deje de insertar su anuncio en la página de contactos de esa revista decadente.

Y lanzando una ojeada general sobre el extraño grupo, Lucas abandonó la estancia y, a los pocos momentos, la casa.

* * *

Exactamente a los quince días de los sucesos cuya crónica acaba de hacerse, Lucas Quirós, aficionado a insertar reclamos amorosos en las páginas de revistas de carácter erótico, recibió dos misivas a través del discreto negociado del semanario.

La primera de ellas contenía una invitación para una fiesta en la embajada inglesa, y la segunda un ticket de la consigna de la Estación Central, además de un mensaje sin firma elaborado con letras recortadas de un periódico y en el que se decía lo siguiente:

«Como le prometimos, puede usted recuperar sus efectos personales en la consigna de la Estación Central, pero siempre después de acudir al baile de la embajada inglesa. Esta vez deseamos que pase directamente a la acción, ¿me comprende? Ninguno de nosotros puede arriesgarse a tanto, y usted pasará desapercibido entre los invitados. Hay una cierta Lady S. que empieza a resultar molesta. Ah, y no se le ocu-

rra intentar acercarse por la consigna antes de efectuar el trabajo. Podría resultar gravemente perjudicado. Suyos afectísimos, y hasta la próxima ocasión.»

Lucas rompió la nota en mil pedazos, y ya iba a hacer lo propio con la invitación cuando comenzó a preguntarse dónde diablos podría alquilar un smoking...

PROXIMA APARICION



HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231

LA CARCAJADA DEL VIRUS

LA VENGANZA DE ISIS

(2ª parte de «Los Mendigos de Isis»)

TU SEGURO SERVIDOR

MUERTE BAJO EL ARCO

EL DIRECTOR DE ORQUESTA

EL PROBADOR

RR 11

LA RATA

LOS MISTERIOS DE LA TIENDA

LA VECINA DEL PATIO INTERIOR

LA PLANTA VIVA

DESQUITE DE ENANOS

EL VAMPIRO DEL ABUELO

EL CONTACTO